Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXVIII | San José, Costa Rica | 1941 | Sábado 26 de Abril | Nº 7

Año XXII — Nº 911

En este número:

"Tao" o el Gran Camino

(Es copia. *Envío del autor.* Shanghai. China. Novbre. 1940).

«Para *Tao*, el zenit no está alto, ni el nadir está bajo; ninguna fecha es pasada, ni trozo alguno del tiempo ha envejecido»

(*El Maestro*.-Chuang Tsé)

"Tao" es el camino de la verdad última y primera en los ejercicios espirituales del taoísmo, es la clave secreta de su filosofía, el arca santa de su doctrina. Tao es el Todo y la Nada, el punto en que el individuo entra en comunión con el Cosmos. "Tao" es el retorno a la Naturaleza, la madre común de donde todos hemos nacido, la suprema negación de todos los valores: la afirmación de la inutilidad de todas las cosas.

Cinco siglos antes de Cristo, en los mismos años en que sobre las gradas marmóreas del Acrópolis o bajo la sombra de los olivos jónicos, Sócrates plantaba las bases de una moral para todo el Occidente, acá en un remoto pueblo del pequeño estado de Chu, en mitad de la China semi-bárbara y feudal, Lao-Tsé enseñaba una doctrina de renunciamiento, negación y abandono, una filosofía que parecía ya traer un cansancio de milenios sobre las espaldas.

"El verdadero sabio", decía el viejo Lao al joven y doctoral Confucio que se encaminaba ya a grandes pasos hacia la gloria, "habla poco y desecha los honores mundanales; el sabio busca su Camino en la Naturaleza".

De nada valen libros y ritos, ceremonias y oropeles académicos: "Tao" no puede alcanzarse por la razón ni el estudio, sino por la contemplación y la mística iluminación.

El mundo real no es el que nuestro sentidos perciben; éste no es sino un miraje, una barrera que es necesario salvar. Toda acción, todo anhelo, toda ambición, perjudican al conocimiento. La Naturaleza tiene sus ritmos, de los cuales la vida humana participa atómica e ineludiblemente.

El patriarca taoísta Yao, al despedirse de sus hijos para el "viaje", en la novela "Moment in Peking" de Lin Yutang, les habla de esta manera: "Vida y muerte, crecimiento y decadencia, no son sino leyes naturales. Dicha y adversidad no son sino las consecuencias naturales del carácter personal de cada cual. Así pues, aún cuando el despedirse, ya sea al partir en la vida o al través de la muerte sea triste, de acuerdo con los normales sentimientos humanos, yo os pido considerar este hecho y aceptarlo como una simple parte del Camino. Ustedes todos han crecido ya y se enfrentan a la vida en una actitud juvenil: si logran ver claramente la Vida en su evolución natural, no van a afligirse demasiado por



Lao-Tsé en su búfalo, con el rollo del *Tao* en los brazos.

(*Grabado chino antiguo*)

lo que os voy a decir. No quiero ver lágrimas en vuestos ojos cuando os diga que voy a dejar esta casa. No seais sentimentales: no hay ningun padre que, tarde o temprano, no diga adiós a sus hijos. Volveré al cabo de diez años, si todavía estoy vivo. No tratéis de buscarme; volveré yo hacia vosotros. Habréis oído hablar de gentes que dejan a sus familias para hacerse ermitaños. No hay más que dos actitudes ante la vida: la de "entrar en el mundo" y la de "salir del mundo". No os asustéis de estas frases. He sido feliz junto a vosotros y a vuestra madre. He cumplido todas mis obligaciones humanas: ahora estoy listo para el reposo. No creáis que mi empeño es hacerme un inmortal. Tal vez no me entenderíais si tratara de explicar mi conducta: voy a encontrarme a mí mismo. Encontrarse a sí mismo es encontrar el Camino y encontrar el Camino es encontrarse a sí mismo. Y, ya sabéis que encontrrase a sí mismo es ser feliz. Yo no he encontrado todavía el Camino, pero he alcanzado un atisbo de las sendas del Creador y trataré de obtener una mayor comprensión." —En esas palabras está magistralmente condensada todo la doctrina de Lao-Tsé.

En el taoísmo no cabían dioses ni se levantaban altares: el templo único era el de la Naturaleza. En siglos posteriores, la secta creó un Dios: el "Emperador de Jade" (Yü Huang) o, como los occidentales suelen tambien llamarlo: "Emperador de Perla" (Yü Huang Shang Ti). Bajo influencias seguramente budhísticas, le nació también al taoísmo, una 'trinidad': el "San Kuan" o "los Tres Maestros". Pero todo esto hubiera dejado indiferente al fundador, en cuya alma soplaba a veces la tempestad huracanada de un Nietzche oriental o fermentaba otras veces el ansia panteística de un Rousseau agigantado por los paisajes de China.

En el taoísmo caben, sí, los "espíritus".—Y por eso arraigó tan hondo en el alma del chino: son los "kuei" que pueblan toda la vida emocional e íntima de esta raza. Pero allí estaban ellos, como "hechos", como simples "fenómenos" de la Naturaleza, como formas vitales, inferiores casi siempre a la del hombre.

Todo lo que es natural, está de acuerdo con la armonía cósmica y no puede ocasionar sufrimientos ni desorden. La causa de todo trastorno nace de las apetencias y ambiciones del hombre: la verdadera paz sólo se alcanza cuando se es capaz de renunciar a todo, sin ambicionar más nada. "Aquellos que sueñan en el banquete", escribió Chuang-Tsé, el más famoso exégeta de Lao, "despiertan en la lamentación y la pena. Aquellos que sueñan en la lamentación y la pena despiertan para unirse al festín. Esto es una paradoja. Mañana un sabio se alzará para explicarla, pero ese "mañana" no será sino cuando diez mil generaciones hayan transcurrido. Sin embargo a ese sabio podréis encontrarlo cualquier día, al voltear la esquina." Así se expresa el discípulo en su ensayo sobre la Relatividad. Porque en la médula del taoísmo hay también fuertes entronques dialécticos. Oigamos: "Todas las cosas no son sino una. Lo que nosotros amamos es el misterio de la vida; lo que aborrecemos es la corrupción y la muerte. Pero, lo corruptible, a su vez, se transforma en misteriosa vida, y esta misteriosa vida, de nuevo torna a la corrupción y a la muerte." Se diría escuchar a Claude Bernard, a Lavoisier, a Herbert Spencer, a Darwin y a Hegel, en un salto de siglos, perorando por los caminos polvorientos del estado de Chu, en el Reino Medio, cuando Europa aguardaba todavía un Medioevo y un Renacimiento y un "Siglo de las Luces" para llegar a estas verdades.

Al proyectarse en el plano político y so-

cial de su tiempo, el taoísmo se expresaba en un nihilismo anárquico y rebelde, en lucha y oposición contra el conformismo de Confucio. Mientras esta religión se nutría de afirmaciones y aspiraba a construir un orden estable y estrictamente jerarquizado en la sociedad, los seguidores del "Gran Camino" negaban toda autoridad y todo orden artificialmente elaborado por el hombre. La doctrina de Lao-Tsé coincide en muchos aspectos con el anarquismo filosófico occidental de los rusos y franceses del pasado siglo.

La superstición, posteriormente, se aferró a la doctrina y la fué devorando como un cáncer. La búsqueda de la inmortalidad a traves del Gran Camino, degeneró en búsqueda de elíxires de larga vida, exorcismos y encantamientos. La magia se tragó a la filosofía de Lao Tsé, del mismo modo que devoró a la ciencia de los alquimistas de la Edad Media Europea, a la Medicina de Paracelso o a la erudición de Raimundo Lulio y Arnaldo de Villanova.

Venido al mundo, según reza el mito, en el año 604 A. C., "con figura de viejo, blanco el cabello y arrugado el rostro", Lao emprendió un día el "Camino": al traspasar una frontera entre dos Estados, puso en las manos de un guardia su mensaje: su doctrina, la "Biblia" taoísta. Nunca se volvió a saber de él. Se perdió la huella del nonagenario que emprendía una jornada que luego muchos imitarían. Pues taoísmo es una "invitación al viaje", y la aventura es la glorificación de la vida rural en las montañas, en oposición al ideal confucionista de la vida ciudadana.

En pos de él, la herencia no se había de conservar mucho tiempo pura y ortodoxa: vendrían los médicos y charlatanes a enturbiar sus aguas; llegarían después los atletas y boxeadores, los herbolarios con sus afrodisíacos, los astrólogos con sus talismanes y los adivinos con sus presagios. Vendrían también legiones míticas a sumarse a sus filas: las hadas de los antiguos bárbaros de Shangtung, los horribles fantasmas de la mística Dinastía Tang, los pálidos e invisibles entes de la demonología Chin.

Pero "Tao" marcó hondamente su huella en el alma china. Fecundó su literatura con el "ideal rural" que alienta en su poesía, y con el viaje, la aventura y la deificación del "héroe rebelde" que caracterizan toda su novela. Marcó un rumbo perenne también en la pintura, que hasta hoy no se aparta del paisaje campestre, con la estrofa que traduce el "estado del alma" ante ese paisaje. Fué aún más allá: a un pueblo azotado sin cesar por el dolor, la miseria, las enfermedades y la muerte multitudinaria, Lao Tsé vino a ofrecerle la filosofía del renunciamiento y la certeza de que nada es estable, valedero y deseable. Fué el madero arrojado al náufrago, con una afirmación hecha de negaciones, como un perenne refugio ante la incesante avalancha de calamidades. Con razón afirma Lin Yutang que, "el Naturalismo taoísta, es el bálsamo que cura las heridas del alma china". Millones de hombres —sin saberlo acaso— siguen hoy, como siguieron ayer y como habrán de seguir mañana, con su escepticismo y su postura antiromántica e individualista tan característica de China, la huella imborrable del Sabio, a lo largo del "Gran Camino"... Si así fuera, la Vida seguramente les resultaría imposible.

"Tao", más que brújula astral para el Más Allá de la vida, viene a ser báculo precioso para adelantar por los caminos de la tierra.

JUAN MARÍN

Pasionaria

(En el *Rep. Amer.*)

A José Portogalo

Pasionaria...!
Esa luz de tu frente, pura sobre las rosas;
esa luz de tu pecho, fuerte sobre el martirio;
erigida entre espuma de lágrimas sin forma;
construida sobre las columnas de la muerte,
sobre las torres de la sombra...
está luchando en los sepulcros fríos
donde duermen, sin sueño, los jóvenes clarines de la sangre que odia.
Y se conmueven surcos. Y se construyen llamas. Y se despiertan gritos
sobre los encendidos cálices de la aurora.

Y el canto que conduces sobre arterias de llamas,
sobre desgarraduras de puñales y corrientes de antorchas,
hasta vencer los troncos ensangrentados de la noche;
hasta vencer el sueño endurecido de las raíces sordas...
subirá con sus nardos sobre las llagas duras de la tierra,
sepultadas, entonces, por un nuevo orgullo de corolas.
Sepultadas. Vencidas. Y con sus filos romperá las nubes del espanto
y aplastará las bocas
insaciables
y torvas.

Campanas de la sangre! Arboles de la muerte...!
Madres, madres del mundo: si viérais, si escucháraís ahora
esa luz y ese canto que se levantan sobre el dolor del mundo,
esa luz y ese canto surgidos de las entrañas de vosotros...!
Es vuesta luz que rompe la obscuridad profunda de la tierra
y entre lámparas frías se abre en alas maravillosas;
es vuestro canto que va por las praderas de las lágrimas
resucitando espigas en cunas de primaveras rojas,
despertando la risa de los niños heridos,
de los hombres hambrientos que muerden el fruto de la sombra.

Pasionaria....!
Es tu luz y es tu canto entre aureolas de sangre y venas de amapolas;
es tu pecho que se levanta como un mástl de llamas
en caminos de estruendos y entre furias de pólvora.
La veis, hombres tristes del mundo. La veis, madres tristes del mundo.
Cual un inmenso músculo de claridad su pecho se desborda,
y es torrente de fuego en las siembras del crimen;
luz y canto de todas las madres oprimidas que lloran;
resonar de alegría en las vastas tinieblas del mundo.
Alegría del hombre, ya en marcha hacia la estrella redentora.

MANUEL NAVARRO LUNA

Manzanillo, Oriente, Cuba. Dicbre. 1940.

Los mil y un cuentos

Fidelidad

(Dchuang Dsi y su mujer)

(Sacado de *Cuentos populares de China*. Revista de Occidente. Madrid. 1925).

Una vez era un gran sabio que se llamaba Dchuang Dsi. Era discípulo de Laotsé. En una ocasión se quedó dormido durante el día y soñó que era una mariposa que volaba gozosamente por los árboles y las flores del jardín. Le contó este sueño a Laotsé. Este le dijo: "Al principio, en el origen del mundo, tu eras una mariposa blanca. Descubriste el sentido y te tornaste espíritu. Pero libaste las flores del melocotón, en el estanque de las nefritas, y en castigo de ello el pavo real verde que anida debajo del Trono de la reina madre, te mató a picotazos. Luego has vuelto al mundo en forma de hombre". Oyendo Dchuang Dsi estas palabras, se acordó vagamente de su vida anterior y formó el propósito de arreglar su conducta. Laotsé notó lo inteligente que era y lo inició en los secretos del libro del sentido y de la vida. Desde este momento, Dchuang Dsi aprendió a desdoblarse, a hacerse invisible, a adoptar cualquier figura. Se retiró del mundo, yéndose al país florido del sur.

Un día que andaba en las montañas, vió a una mujer joven, vestida de luto, sentada ante una sepultura reciente. Tenía en la mano un abanico de seda y abanicaba sin cesar la sepultura. Dchuang Dsi le preguntó asombrado lo que hacía.

"El tonto de mi marido —respondió la mujer— se ha muerto desastrosamente. En vida siempre fué bueno conmigo. Al morir, me mandó que antes de casarme con otro, esperase a que se secara la tierra de su sepultura. Yo he pensado que la tierra fresca amontonada no puede secar así de pronto y por eso abanico la sepultura". "¿De manera que usted desea —dijo riendo Dchuang Dsi— que seque pronto la nueva sepultura? Nada más fácil. ¿Me permite ayudarle un poco?" Cogió el abanico, dijo un conjuro, abanicó un par de veces la sepultura, y la tierra se secó. La mujer se

puso muy contenta, le dió las gracias, le regaló al despedirse el abanico de seda y se marchó alegremente.

Dchuang Dsi se fué a su casa y se sentó en el jardín. Tenía el abanico en la mano y se quedó contemplándole. Se sentía triste por dentro y suspiraba sin cesar. Su mujer era de la familia de los Tien. Procedía de la casta principesca de los Tsi. Era joven y hermosa. Era su tercera mujer. La primera había muerto; a la segunda la había repudiado, y luego se había casado con ésta.

Ella le preguntó: "¿De dónde has sacado ese abanico y por qué suspiras de ese modo?" Entonces Dchuang Dsi le contó la historia de la viuda joven que había encontrado al pie de la sepultura. Su mujer se incomodó mucho y dijo: "¿Esa mujer infiel quería casarse, cuando ni siquiera se había secado todavía la tierra del sepulcro de su marido? Esa mujer no tiene vergüenza." Dchuang se puso a cantar en voz baja una canción:

Mientras viven hablan todas de amor.
Pero al muerto le abanican la sepultura.
La piel sólo sirve para conocer al tigre.
Del hombre se conoce la cara, pero no el corazón.

Esto indignó todavía más a la mujer, que escupió en la cara a su marido y dijo: "En el mundo hay muy distintas clases de personas. ¿Cómo puedes por una mujer injuriar a todo el sexo femenino?" "No pronuncies palabras vanas —le dijo Dchuang Dsi—. Suponte que yo tuviese la desgracia de morirme. No quiero ni pensar en que me guardases fidelidad eterna. Pero creo que no resistirías ni un par de años." "Un criado fiel —dijo la mujer— no puede servir a dos amos. Una mujer buena no se casa por segunda vez. Si alguna vez te alcanzase la desgracia, yo nunca sería de otro." "Y yo no te creo". —dijo Dchuang Dsi—. Entonces la mujer se echó a llorar de rabia. "Nosotras las mujeres somos más fieles que vosotros. ¡Un hombre como tú, sin corazón! Se te muere la primera y te casas con la segunda. Repudias a la segunda y me tomas a mí. No te has muerto todavía, para hablar así. ¿O crees que los demás son lo mismo que tú?"

Y diciendo esto le quitó el abanico de las manos y lo rompió en cien pedazos. "Querida mía —dijo Dchuang Dsi—, si realmente sientes lo que dices, tanto mejor para mí. ¿Por qué te incomodas?"

Así se terminó el coloquio.

Unos días después, Dchuang Dsi se puso enfermo de repente y cada día empeoraba. Se dirigió entre lágrimas a su mujer.

"Esto va muy mal —dijo—. Puedo morir de un momento a otro. ¡Qué lástima que hayas roto el abanico! Si lo conservases, te serviría para abanicar mi sepultura." La mujer se echó a llorar a grandes gritos y le juró fidelidad eterna. "En eso reconozco el cariño que me tienes —dijo Dchuang Dsi—. Bien que cuando me haya muerto, tendré los ojos cerrados." Dicho esto expiró.

La mujer encargó el ataúd y se puso vestidos de luto. Se pasaba el día y la noche gritando y llorando. Así transcurrieron siete días.

En esto, apareció de pronto un joven bachiller. Su cara era leche y sangre. Llevaba un vestido de seda y zapatos bordados. Era un mancebo extremadamente hermoso. Le acompañaba un viejo criado. Decía ser un príncipe de Tchu y que desde hacía años había hecho el propósito de estudiar con Dchuang Dsi. Y ahora se encontraba con que, desgraciadamente, el maestro había muerto.

Se puso de luto, se arrodilló ante el ataúd y rezó al espíritu del muerto: "El destino me ha negado, oh maestro, el placer de escuchar tus palabras. Pasaré cien días al pie de tu ataúd, para testimoniarte mi veneración." Cuando hubo terminado de rezar, derramó abundantes lágrimas y se puso en pie. Luego pidió ser presentado a la viuda. Esta se negó. Pero el príncipe dijo: "Los amigos, que viven juntos, se permiten unos a otros ver a sus mujeres. Cuanto más a mí, que había convenido con su esposo en ser su discípulo." Por fin la viuda le recibió.

A la primera ojeada se dió cuenta de que el príncipe era un señor muy fino y esto le movió a sentir compasión por él. "Quisiera que me dejase usted una habitación —dijo el príncipe— para pasar en ella el tiempo del luto, que consagre al maestro. Además quisiera ver los escritos que ha dejado el maestro, para poder instruirme en ellos."

La viuda accedió y le dejó el pabellón del jardín. Buscó también los manuscritos que había dejado su marido y se los entregó al príncipe. Este dió las gracias y se arregló un sitio, al lado del ataúd, para poder leer los manuscritos. La viuda iba todos los días a llorar ante el ataúd. Y sucedió que, como era natural, de cuando en cuando trababa conversación con el príncipe. Poco a poco su trato se fué haciendo más íntimo y no faltaron miradas tiernas que delatasen los sentimientos del corazón. Finalmente la viuda no pudo resistir más. Llamó a su habitación al viejo criado; le dió el mejor vino, y le pidió que sirviese de intermediario matrimonial. El viejo regresó con la noticia de que su señor estaba encantado con semejante unión. Sólo le detenía el pensar que el difunto había sido su maestro. Era de temer que esto chocase a la gente. Pero la viuda dijo: "No fue más que un acuerdo provisional. En realidad tu señor no ha sido nunca discípulo de mi marido. Yo te suplico que veas de llevar a término la cosa con tu señor." El viejo se fué. Ella aguardó hasta el día siguiente. Como no recibiera contestación, llamó al viajero y le preguntó: El viejo dijo: "Mi señor está tan encantado de su hermosura que la relación de maestro y discípulo ya no tiene importancia para él. Pero quedan por resolver tres puntos, que serán difíciles. Primeramente, el ataúd está en la habitación del norte. Celebrar ante él la ceremonia dichosa, ni podría soportarlo mi amo, ni parecería bien. En segundo lugar, usted ha vivido con su difunto esposo en una unión feliz. Pero mi amo no puede compararse con él ni en saber ni en talento, y teme que el nuevo marido no le haga olvidar al antiguo. En tercer lugar, mi señor no tiene un céntimo en el bolsillo, para pagar los regalos de boda y la fiesta. Por esas tres razones es de temer que la cosa no llegue a arreglarse."

La viuda dijo: "¡Si no es más que eso! En la parte de atrás de la casa hay una habitación vacía; a ella puede llevarse el ataúd. Por lo que hace al segundo punto, yo fui la tercera mujer de mi difunto marido. Una se murió, la otra fué repudiada por él y todos comentaron su falta de corazón. El rey de Tchu quiso darle un cargo; pero él sabía demasiado que sus conocimientos no eran bastantes para desempeñarlo; por eso huyó aquí, a esconderse. Por consiguiente no puede hablarse de su gran talento. Además su señor es un príncipe y yo soy de sangre real; así que nuestras familias son iguales. Nuestra edad es también proporcionada. En cuanto al tercer punto, todavía es más fácil de resolver. Yo he ahorrado veinte onzas de plata que bastan para pagar los gastos de la ceremonia. Esta tarde es buen tiempo para la boda; cuide de que esté todo dispuesto."

Luego mandó al viejo que buscase gente para trasladar el ataúd. El pabellón del jardín se arregló para celebrar la boda. Se encendieron cirios y se colgaron magníficas cortinas. La viuda se vistió de brocado y seda y se adornó con gran esmero. Los vestidos de luto ya se se los había quitado antes. El príncipe no tuvo más remedio que ceder. Hizo una reverencia, entró en la cámara nupcial y bebió con la novia el vino del desposorio.

Pero cuando iban a acostarse, el príncipe dió un grito y cayó de la cama. La mujer le abrazó amorosamente y le preguntó qué le pasaba. Pero el príncipe no podía pronunciar palabra, tan vivos eran sus dolores. En su lugar habló el viejo: "Mi señor sufre de cuando en cuando palpitaciones. Un médico famoso le ha dado una extraña receta. Para que se alivie hay que mezclar el cerebro de un hombre vivo con vino. Ota vez que le dió el ataque, el rey de Tchu mandó ejecutar a un criminal y se preparó la medicina con su cerebro. Pero ¿cómo encontraremos aquí un cerebro? ¡Se acabó mi señor! ¿Qué hacer? ¿Qué hacer?"

La mujer dijo: "¿No sirve el cerebro de un muerto?" "Si no hace más de cinco semanas que ha muerto —respondió el viejo—, puede utilizarse". "Mi marido no hace quince días que ha muerto. ¿Qué le parece si abriésemos el ataúd y se lo sacásemos?" "Pero temo que no pueda usted soportarlo" — replicó el viejo.

"Amo tanto al príncipe, que daría mi vida por él — dijo la mujer. ¿Por que voy a compadecerme de esos huesos muertos?"

Luego encargó al viejo que cuidase del príncipe, y provista de un martillo, se fué a la cámara mortuoria. Puso a su lado la lámpara, cogió el martillo con las dos manos y golpeando con toda su fuerza partió la tapa del ataúd. Cuando el ataúd quedó abierto, oyó que Dchuang Dsi daba un largo suspiro. Luego se estiró y se incorporó. La mujer se quedó paralizada de espanto. Cayó al suelo y a su lado el martillo. Entretanto Dchuang Dsi se fue al pabellón del jardín. Finalmente la mujer reunió sus fuerzas y se secó el sudor que le bañaba la frente. Luego se fue también al pabellón. El príncipe y su acompañante habían desaparecido.

Ella trató de disculparse: "Desde que has muerto no dejé de pensar en ti noche y día. Antes oí ruido en el ataúd y recordé que en tiempos antiguos, ocurrió alguna vez que resucitasen los muertos. Por eso cogí el martillo y abrí el ataúd. Y en efecto, estás vivo. ¡Qué feliz soy! ¡Qué feliz soy!" Dchuang Dsi dijo: "Muchas gracias, por tus cuidados. Pero no te ha durado mucho el luto. Vas vestida de terciopelo y seda." "Confiaba en tener suerte, al abrir el ataúd; por eso me vestí de fiesa y me quité el luto, para que fuese un signo feliz." "¿Pero por qué no está el ataúd en el sitio de honor? ¿Será también como buen signo?" La mujer calló, enrojeciendo. Dchuang Dsi le mandó que trajera vino y empezó a beber. La mujer no se cansaba de decirle palabras dulces, pues deseaba quedarse con él. Pero el marido se emborrachó y cantó esta canción:

Ahora estoy libre de toda carga.
Tú quisieras que te perdonara,
pero si siguieras viviendo conmigo
me partirías el cráneo.

Luego prorrumpió en una carcajada y dijo: "Te voy a enseñar a tu nuevo marido." Extendió la mano, y, de repente, la mujer vió al príncipe y al viejo entrar por la puerta. Se espantó y miró en derredor; pero Dchuang Dsi había desaparecido. Volvió la cabeza al otro lado y también se habían ido el príncipe y su acompañante. Entonces se dió cuenta de que Dchuang Dsi había empleado sus artes mágicas para hacerla caer en el lazo y se ahorcó de vergüenza y desesperación.

Dchuang Dsi se puso a repiquetear en una bandeja y cantó:

Quiso engañarme
pero yo fui más listo que ella.
¿De qué me sirve mi caballo
si otro monta en él?
Si estuviese en el ataúd,
otro la hubiera gozado
y yo estaría muerto.
¡Oh desdicha!, ¡oh dolor!

Tras esto abandonó su casa, y se dedicó a peregrinar. Alcanzó la inmortalidad y desapareció.

(Este cuento es un episodio desprendido del libro de Dchuang Dsi; el filósofo. La casa Tien, a la que pertenecía la mujer de Dwang Dsi, reinó en el Estado Tsi (Chantung oriental), desde 379. Tchu era una ciudad al Sur de la antigua China).

Son apuntes...

(En el *Rep. Amer*).

Con el sol

Al filo de las nueve el sol ha tomado la Plaza Nueva, que siempre es nueva aunque los higuerones que la circundan se acercan al jubileo. Están jugando un partido: "Loros" contra "Garrobos", van ganando los últimos, y los veintidós sudan y gritan copiosamente. La muñeca que me gobierna me tiene arrodajada bajo un árbol, ella es deportista en flor; yo me entretengo mirando la agilidad de los muchachos, cuyos apodos suenan a cada instante.

El único claro del grupo, es un tútile que llaman Pollo Blanco. Viscotela es un chiquillo con los ojos desviados. También están Garrapata y Caracol. Hay un nicoyano simpático y mayor que los otros, al que le dicen Rosacruz. Fantasma es un negrito de brazos largos y piernas ligeras. A un nica vivarracho y desenvuelto, lo apodan Perdición.

En la esquina de la plaza va juntándose la gente, bullen los niños, hay varios caballos atados a los árboles y una carreta entoldada. Violeta me llama la atención y me dice que la lleve a jugar con los chiquitos, pero yo no quiero entender su idioma tan claro por insinuante, pues en la casona de las seis ventanas donde todos esperan, vive el médico del pueblo. Sin embargo, ¿quién puede dominar a una mujer, que además es linda y rubia y no ha cumplido dos años?

Ya estamos entre las criaturas y nos asomamos al túnel de la carreta vacía. Festejan mucho la belleza de mi niña que siempre sonríe y quiere montar en los caballos que se adormecen bajo los almendros. En el camino cambia bruscamente de parecer, y se detiene frente a una madre que estrecha un envoltorio, un enfermito demacrado. Hace rato que esperan, ellos son los que vinieron en la carreta, el niño está muy mal, tiene tétano. El nombre fatídico cayó en medio del grupo y chisporroteó en comentarios:

La mayor parte de los asistentes ha tenido un caso de tétano, y todos mortales! Aquí mismo hay varios chiquillos que al decir de sus padres, padecen de ese mal. La gastroenteritis, y el paludismo tan corrientes en estos lugares, para los campesinos son siempre el terrible tétano. Es una enfermedad que los obsesiona y no se detienen a pensarlo: niño que cae enfermo, a veces por poco y otras por mucho comer, está con tétano. Cuando el mal recrudece y la fiebre no los abandona, lo envuelven en una manta y lo traen para que el médico pronuncie la sentencia obligada: "Demasiado tarde."

Entonces se acepta el dolor con filosofía.

—De tétano nadie se salva. A nosotros los varones no nos "pegan", las mujercitas están todas criadas, pero apenas tenemos un varón se nos muere.

Y el hombre:

—Achará el viaje tan largo.

Y ella:

—Achará mi hijito, tan alegre que estaba el jueves comiendo su maduro.

Entre tanto se ha desatado el viento, en la faz del enfermito zigzagueó el dolor. Después un suspiro callado y un estremecimiento...

El silbato del juez anunció el término del partido. Ahora celebran el triunfo tomando "agua de pipa" a la sombra de los cansados higuerones. Violeta y yo también nos refrescamos invitadas por Rosacruz. El sol viril y empeñoso aceita las palmeras y endulza los jugosos frutos. Sus caricias ígneas halagan la arboleda y atormentan a los pobres bueyes que regresan. El hombre sudando alcohol es el indio fatalista. Bajo el sucio toldo de la carreta, los sollozos maternos, y un niño de mirada anchurosa oteando el infinito.

Los marimberos

Aun cuando están en vacaciones escolares, la madre se esmera en tenerles siempre las camisitas muy blancas, por si los llaman para alguna "parranda". Ella sabe que sus chiquillos son muy buscados, porque resultan músicos baratos, se ajustan por menos y no toman tragos; con un vaso de tamarindo quedan arreglados.

Once años cumplió el mayor y ya sabe "transportar". Los dos tocan con amor, con verdadero placer, y su repertorio es extenso igual que la resistencia de los mocitos.

Ellos prefieren las "velas", dicen que se gana mejor y además, los chinean mucho.

Estos artistas de tez morena, ojos brillantes y miembros delgados, forman frente a su pequeña marimba, el cuadro criollo que busca el aficionado a la luz tropical. Vivarachos y locuaces, guardan ternuras de enamorado para su compañera inseparable, que refleja los soles bravíos de su espléndida tierra.

—¡Tóquense El Torito, muchachos!

Un abuelo ronco suena las maracas, chocan los bolillos en las finas tablas, y cimbra la novia de los marimberos!

En la noche

Rayonazos trazados por mano inexperta, cadena de presos camino a la estepa, frases trastornadas como delirio de enfermo, eso me sugieren las cercas de tunas que me encuentro en las tierras cálidas. Qué diferentes de las cercas de la Meseta Central, bondadosas, atrayentes: las de arbolitos de poró de hojas tan simples, que se creyeran recortadas por una niñita, y salpicadas de rojas pitillas que hacíamos gritar entre los pulgares. Y los itabos, con su facha de abanicos papales y el reguero de sus flores verdiblancas? También están los jocotes de ramitas parpadeantes, que solíamos masticar cuando el que pasó primero se llevó las ciruelas que ansiábamos.

Todos estos centinelas de los caminos tienen una sonrisa, despiertan un recuerdo, delinean una ilusión. Sólo las cercas de tunas son áridas, dolorosas, yermas, y se retuercen desesperadas igual que varón impotente, o como amante abandonada. Son duras cual pecho que no perdona y se erizan de espinas vengativas copiando almas obtusas dominadas por la envidia.

Yo me empeño en sorprender en ellas algún sonido azul, alguna nota que brille, la armonía de algún sabor. Por eso las busqué de noche, y esta vez como siempre, de los seres atormentados surgió la perfección.

Mis ojos se extasiaron contemplando la natividad fragante de la más bella flor que antes nunca vieron: blanco girasol, carne de nenúfar y alma de jazmín; estrella formada con plumas de cisne y a manera de estambres, la borla dorada de un traje de diosa; copa rebosante de rayos de luna; antorcha que brotara simbolizando un niño!

Milagros como este, no los hace el sol! Precisa la noche, para que al llamado de las campanas que piden un rezo, abra su corola esta orgullosa y exquisita flor, y virgen prudente, encienda la castidad de su lámpara en las crueles espinas de la tuna.

ALICIA CASTRO ARGÜELLO

Esparta, Costa Rica, en 1940.

Carta de Rabindranath Tagore a un poeta japonés

(Traducción y envío de *Alejandro Carrión*. Loja, Ecuador, marzo de 1941).

Poco antes de que Hitler desencadenara sobre Europa la ola de sangre que hoy la inunda, un poeta japonés, Yone Noguchi, *dirigió a* Rabindranath Tagore *una carta en la que pretendía justificar la criminal agresión japonesa contra China. El máximo poeta del Asia le contestó con la carta que hoy publicamos, considerándola uno de los más altos mensajes de este siglo, una de las pocas páginas que probarán a la posteridad que la locura de la muerte y el crimen no invadió todas las mentes en este siglo trágico. La publicamos por primera vez en castellano, traducida especialmente del francés—de* Europe, *la gran revista que dirigía en París el noble espíritu de Jean Cassou—, como una pricia de nuestra revista.*—Nota del traductor.

A Yone Noguchi, en Tokyo.

Querido Noguchi:

Vuestra carta me ha sorprendido profundamente. Ni su carácter ni su contenido se armonizan con el espíritu de Japón, que yo aprendí a admirar en vuestros poemas y que aprendí a amar gracias a mis relaciones personales con vos. Al leerla he pensado con tristeza en que, a veces, la pasión del militarismo colectivo puede invadir el mismo espíritu creador y he comprendido que la verdadera potencia intelectual puede estar expuesta a sacrificar su dignidad y su verdad sobre el altar de los sombríos dioses de la guerra.

No comprendo cómo vos, que estuvisteis conmigo al condenar la masacre de Etiopía por la Italia fascista, podáis juzgar desde un ángulo diferente los ataques mortales contra millones de chinos. No lo comprendo, porque creo que los juicios deben estar basados sobre los principios y porque estoy convencido de que ninguna abogacía especial puede cambiar el hecho de que, al imponer una guerra feroz a los chinos, con los métodos mortales del Occidente, el Japón ha trasgredido todas las leyes morales sobre las que reposa la civilización. Vos protestáis que el Japón se halla en una situación especial y, al hacerlo, olvidáis que esto se ha dicho siempre que se ha querido justificar una guerra. Vos invocáis a la divinidad. Yo he observado que los "piadosos" autores de la guerra, convencidos de que sus atrocidades merecen una justificación especial, jamás han olvidado el concluir alianzas con la divinidad para permitirse, a su amparo, aniquilar y torturar en masa.

La humanidad, a pesar de sus numerosos desfallecimientos, siempre ha conservado su fe en una fundamental estructuración moral de la sociedad. Vos habláis de "medios terribles, pero inevitables", necesarios para edificar un mundo nuevo sobre el continente asiático (vos intentáis decir, supongo, que bombardear a mujeres y niños chinos, destruir sus templos y sus universidades, es el único medio de conservar la China para el Asia).

La línea de acción que vos trazáis para la humanidad es, en mi concepto, inaceptable hasta para las bestias y no puede convenir al Oriente, sean las que sean sus aberraciones momentáneas. Habéis concebido un Asia erigida sobre un andamiaje de calaveras.

Yo creo, como vos lo subrayáis con razón, en el "mensaje del Asia", pero jamás soñé que ese mensaje se identificaría con actos parecidos a los que exaltaban el corazón de Tamerlán en sus matanzas.

Cuando, en mis conferencias del Japón, yo protesté contra "la occidentalización", lo hice comparando el imperialismo voraz de ciertas naciones europeas con el ideal de perfección predicado por Buda y por Cristo y con la herencia de cultura y de fraternidad que dió nacimiento a las civilizaciones asiáticas.

Al hacer esa protesta, yo consideraba que estaba en el deber de poner en guardia al país de Bushido, del arte y de las tradiciones heroicas contra el salvajismo científico de que es, actualmente, víctima el Occidente; salvajismo que conduce a las masas impotentes a un canibalismo moral que jamás debe ser imitado por un pueblo viril, en pleno renacimiento, que tiene por delante un porvenir lleno de promesas.

La doctrina de "Asia para los asiáticos", que utilizáis en vuestra carta como un medio de chantage político, tiene todos los caracteres de las que se utilizan en Europa con igual fin y ninguna de las virtudes inherentes al anhelo de una humanidad mejor, en la que se hallen los pueblos unidos por sobre los abismos de las divisiones políticas.

No he podido menos que sonreír ante la reciente afirmación de un político de Tokyo: "La alianza militar del Japón con Italia y Alemania se debe a causas altamente espirituales y morales, que no encubren consideración alguna de orden material". He sonreído pensando en lo trágicamente cómico que es esto de ver a artistas y pensadores adoptar estos sentimientos que transforman las baladronadas militares en bravatas espiritualistas.

En las horas más críticas de la locura bélica siempre se han encontrado en Occidente grandes espíritus que elevan la voz "au-dessus de la melée", desafiando a los aprovechadores de la guerra: estos hombres han sufrido, en verdad, graves persecuciones, pero nunca han engañado la conciencia de sus pueblo.

Lleno de dolor, al leer vuestra carta, he pensado que el Asia no se "occidentalizará" tanto como para tener hombres como aquéllos.



Rabindranath Tagore

(Dibujo de *A. Garduño.* 1920).

Sin embargo, yo todavía creo que en el Japón existen algunas almas capaces de iguales gestos de dignidad y de protesta; pero que los periódicos, condenados a desaparecer si no imitan la voz de los jefes militares, guardan silencio en torno de ellos.

La "traición de los intelectuales", de que habló un gran escritor francés después de la guerra europea, es uno de los más peligrosos síntomas de la enfermedad que aqueja a nuestra época.

Me habláis de las economías que hacen los pobres japoneses, de sus sacrificios silenciosos y de todos sus sufrimientos y luego os enorgullecéis de que esos sacrificios patéticos sirvan para invadir un pueblo vecino y bombardear sus hogares.

Yo sé muy bien que la propaganda ha devenido un arte y que en consecuencia es punto menos que imposible a los países no democráticos el resistir a las dosis de veneno que se les inyecta hora por hora; pero me creía con derecho a esperar que "los intelectuales", ellos, al menos, conservasen su independencia. Es doloroso constatar, como lo he tenido que hacer yo a través de vuestras palabras, que los intelectuales, en el Japón, no han sido capaces de conservar su independencia y que, tras sus argumentos falsificados, se envuelve un nacionalismo pervertido, que obliga a "los intelectuales" de hoy a alabarse de sus "ideologías" y a forzar a las masas a marchar a la muerte.

Yo conozco muy bien vuestro pueblo y por ello me es imposible creer que participe deliberadamente en el emponzoñamiento organizado de todo un pueblo, al drogar, como lo hacéis, con opio y heroína a los hombres y las mujeres de China. Vuestro pueblo lo ignora.

Mientras tanto, los representantes de la cultura japonesa emprenden esta tarea en la China y la cumplen a expensas de todos los japoneses, quienes devienen así en inconscientes cómplices y presas, al mismo tiempo, de esta vasta organización para causar la degeneración humana.

Las pruebas de este emponzoñamiento forzoso en la Manchuria y en la China nos han sido aportadas por testimonios inatacables.

Por tan terrible y repugnante crimen ninguna voz de protesta, ni siquiera la de los poetas, se ha levantado en el Japón.

Siendo éste el estado de espíritu de vuestros intelectuales, no extraño el que vuestro gobierno os deje expresaros "libremente". Yo espero que sabréis saborear vuestra "libertad".

Para conservar vuestra limpieza moral no me parece indispensabl, a pesar del consejo que habéis dado a los artistas japoneses, huir de vuestra "libertad", buscando el éxtasis de una meditación sobre "un porvenir cargado de esperanzas, retirados en una concha de caracol".

Yo no puedo aceptar una separación tal entre la función del artista y su conciencia.

Otro síntoma de la traición de los intelectuales es este lujo que hacéis de especiales privilegios concedidos a vos y a los "intelectuales" japoneses a condición de identificarse con un gobierno que destruye a un pueblo vecino hasta las más remotas bases de su vida.

Desgraciadamente, el resto del mundo es cobarde y no osa llevar a juicio a los reos de tan tremendo ccimen, a causa de las espantosas posibilidades que amenazan su propio porvenir. Por esto solamente se explica el que se esté dejando a los perversos manchar la historia a su sabor, ennegreciendo la reputación de los hombres de nuestro siglo ante la eternidad.

Mas, a la larga, esta impunidad es el pregón del desastre: una enfermedad que se descuida hace, silenciosamente, destrozos progresivos.

Es con profundo dolor como me dirijo a vuestro pueblo.

Vuestra carta me ha herido en lo más profundo de mí mismo.

Yo sé que la desilusión de vuestro pueblo será enorme un día y que necesitará de siglos de dura labor paar barrer las ruinas de su civilización destruida por sus amos poseídos de la locura de la guerra.

¡La China es invencible! Su civilización, bajo la custodia del intrépido Chiang-Kai-Shek, dispone de recursos maravillosos. Una nueva edad se edifica en la China, gracias a la fidelidad desesperada de sus hijos, unidos hoy como jamás antes lo estuvieron.

La China, sin preparación alguna, encerrada en un círculo de hierro por el gigantesco engranaje de guerra que vosotros, los japoneses, le impusisteis, resiste y no desmaya ni una vez siquiera.

Ninguna derrota temporal podrá jamás destruir su alma, plenamente despierta.

Frente a la ciencia del militarismo japonés, groseramente occidentalizado en su carácter, la actitud de la China revela un estado moral superior.

Ahora, más que nunca, comprendo el entusiasmo de Okakura Kakuso, un pensador japonés de gran corazón, autor de *Ideario Oriental* y *El Libro del Té*, cuando afirmaba: "La China tiene grande el alma".

Me resta todavía el dolor de saber que el Japón, como ha escrito Madame Chang-Kai-Shek en *The Spectator* (seguramente habréis leído sus palabras) está creando "espectros" innumerables: espectros de las obras inmemoriales del arte chino, destruidas por sus bombardeos; espectos de las irreemplazables instituciones chinas, que destruye en todos los territorios ocupados y espectros de las grandes comunidades pacíficas que son emponzoñadas, torturadas y masacradas sin piedad.

"Quién disipará esos espectros?", ha preguntado Madame Chiang-Kai-Shek.

Esperamos que serán el pueblo japonés y el pueblo chino, marchando de la mano en un futuro próximo, descartados los importunos recuerdos de la pasada enemistad, quienes disiparán esos espectros. Entonces, será posible el renacimiento de la verdadera humanidad asiática.

Entonces, los poetas cantarán, elevando la voz —sin que ellos sientan por su canción afrenta alguna—la afirmación de una nueva fe en el destino humano, impidiendo, para siempre, la producción científica de estas terribles matanzas fratricidas.

RABINDRANATH TAGORE

Uttarayan, Santiniketan, Bengala.

Historia de un retrato de Rubén Darío

En el 25 aniversario de la muerte del poeta nicaragüense.

(*La Razón*, Bogotá, 23. II. 41. *Envío del autor*).

Conocí al ingeniero Alejandro Bermúdez—orador y político centroamericano— en Barcelona, en casa del general José Santos Zelaya, ex-presidente de Nicaragua. Hicimos buena amistad, por haber sido compañero de mi hermano mayor en la redacción de "La República" de San José de Costa Rica, diario que dirigía el poeta hondureño Augusto C. Coello.

Fue Bermúdez el que me llevó a la casa de Rubén Darío, que huyendo de los alemanes había abandonado París en el año de 1914, poco antes de la batalla del Marne, y se había refugiado en la calle del Tiziano, en la ciudad Condal, donde habitaba modesta "villa", amoblada asaz pobremente. Le conocí dos años antes en aquel "archivo de la cortesía" que elogió Cervantes, gracias a los buenos oficios del ahora olvidado Miguel Santiago Valencia. Iba de paso a Buenos Aires, en compañía de los señores Guido, capitalistas uruguayos dueños de la revista "Mundial", que el panida nicaragüense había dirigido, con singular buen éxito, en la capital de Francia.

En cuanto a Bermudez, se encontraba en Barcelona con objeto de mandar hacer algunos cientos de retratos del doctor Belisario Porras, presidente de Panamá, destinados a las escuelas de esta república. Le serví de guía para que realizara su negocio en las mejores condiciones posibles. Era un hombre amable, divertido, pero demasiado verboso y amigo del dinero. Varias veces le oí decir, echándose para atrás e inflándose como un pavorreal: "yo soy el mejor orador de Centro América". Sin embargo, no dió muestras de tal en una conferencia que ofreció en la "Casa de América", de la que todos salimos aburridos, desilusionados.

Don Sofonías Salvatierra, ex-ministro de Institución Pública de Nicaragua, me refirió en San Salvador que Alejandro Bermúdez, llego a tener envidiable posición en Panamá, por haberle sugerido al presidente Porras la idea de organizar una exposición, con motivo del término de los trabajos del Canal interoceánico, mas perdió su valimiento por haber publicado unas cartas que comprobaban que el ministro de los Estados Unidos en Nicaragua, Mr. Geo T. Weitzel, había recibido doscientos mil dólares de los conservadores nicaragüenses, para gestionar el desembarco de marinos yanquis en Corinto. Esto aconteció en el año de 1912. Y algo más aún: tuvo que abandonar el Istmo, presonado por el propio doctor Porras, que temía comprometer su posición política.

Fue a dar a La Habana, donde refirió en conferencias anti-imperialistas y en artículos periodísticos las persecusiones de que había sido objeto, con tan buen suceso que logró reunir algunos miles de dólares que le permitieron dar el salto por encima del Atlántico y caer de pie en Barcelona.

Bermúdez era hombre original que conservaba incólumes en Europa todas las costumbres vernáculas, hasta el punto de que andaba vestido de *palmbeach* en pleno otoño, y se creía en la nicaragüense Masaya, como lo comprueba la anécdota que voy a referir: Visitábamos una tarde el "Parque Güell" de Barcelona. Hacía un calor insoportable. Alejandro Bermúdez resoplaba como una locomotora. De repente experimenta la necesidad inaplazable de tomarse un vaso de agua y se le ocurre ir a solicitarlo nada menos que el propio castillo de los Condes de Güell, Llama a la puerta; expresa su deseo y es complacido incontinenti, por un criado de librea y corbatín, que le trae el agua en elegante copa de plata.

Y llego ahora a la historia del retrato: en otra ocasión andábamos Rubén Darío, Bermúdez y yo por la calle de Pelayo de Barcelona. El poeta se detuvo frente a una vitrina donde se exhibían ampliaciones fotográficas de Verdaguer, Maragall, D'Ors, Rusiñol. Animado por esa contemplación, resolvió hacerse retratar y penetró resueltamente en la "Galería de Arte". Nos invitó a Alejandro y a mí para formar un grupo. Me excusé, alegando mi insignificancia, mientras que Bermúdez parecía encantado de la oportunidad que le ofrecía Rubén.

El fotografó colocó a Darío y a Bermúdez con las cabezas casi juntas, como si se tratara de una pareja de novios. Pasados algunos días regresamos por los retratos, que habían quedado estupendos. Y cuando Rubén —que era un gran señor cuando tenía dinero— preguntó cuánto valían, el propietario de la fotografía que, por lo visto, adivinó con quien estaba tratando, le contestó sencillamente: "Maestro, me sentí muy honrado de que solicitase mis servicios, pero lo estaría más aún y mi satisfacción sería inmensa si me autorizara para hacer una ampliación del retrato suyo, que colocaría al lado de las de los grandes hombres de Cataluña".

En la tarde de ese mismo día Bermúdez ofreció varias copas de Brandy a Rubén Darío y cuando advirtió que estaba mareado, le condujo al comedor de la casita de la calle del Tiziano y después de pedir a Francisca Sánchez —compañera de los buenos y de los malos días del vate— pluma y tinta, reclamó de su amigo un retrato con dedicatoria. Rubén escribió entonces, casi ignorando lo que hacía: "Para Alejandro Bermúdez que tiene el verbo, de su hermano que tiene el ensueño".

MARIO SANTA CRUZ

Las protestas olvidadas

Rafael Alberti

(En el *Rep. Amer*).

Rafael Alberti vino a Costa Rica un día:
lo trajeron sus ángeles volando sin recelo,
venía ilusionado, glorioso en su poesía,
y aquí ya lo esperábamos mirando para el cielo.

De Rusia y de Alemania y de México venía,
dejando su mensaje cordial y un noble anhelo
de libertades, de lucha, de unión y de alegría
para este Continente que rige el tiranuelo.

El país de los aztecas fué altivo y generoso
y recibió con palmas, gentil, a quien debía.
Sólo tuvo El Salvador para el poeta un calabozo.

Fué el huésped bienvenido de Rubén y de Sandino.
Y aquí, donde se torna burgués el campesino,
le mandaron nuestra azul y sencilla policía.

FERNANDO LUJÁN

San José, Costa Rica, octubre de 1936.



Rafael Alberti y *María Teresa León,*
de paso por Costa Rica en 1935.

Un pacifista irá a la guerra

(En el *Rep. Amer*).

Por las ciudades, por las noches, por las madres indefensas,
por todo lo que pueda nacer,
por todo lo que pudiera ser
por mi futuro mismo. Sí, por todo eso iré a la guerra!

Mi pacífico esqueleto, mi expresión sana, el prestigio
de mi nombre y de mi apellido,
el polvo de todos mis caminos
mi futuro
harán una muralla, un orden nuevo,
serán una garantía, un límite, distinta vida.

No riáis compatriotas, profesionales del buen gusto
y del bien vivir.
No reneguéis ciudadanos del hambre y del salario.
Universales monumentos del sosiego y de la desesperación!
No!
La guerra a la que he de ir, la guerra que he de hacer,
no es la guerra que lleváis en vuestros pechos,
no es la que heredásteis al abrir los ojos...

Distinta será esa guerra, será implacable, será dura,
será hasta destruir la raíz misma de vuestro miedo, del miedo
colectivo
del temor que tenéis a ser un sér
del horror que tenéis al no ser!

Debe ser la Tierra un espejo sencillo, alcancía inconfundible
las aguas
y los rayos bañarse de día y de noche en el rocío y en el cielo.

Debe ser así! Entonces, el mamífero inteligente, el árbol
alimenticio, la fiera deseada, el jardín ajeno,
el deleite de la abuelita, los juguetes de los niños,
el dolor de los ilusos,
el germen
el olvido
sabrán de la necesidad del silencio,
del respeto al sueño, del precio del momento, del valor
de las extremidades
sabrán al fin, de la necesidad de ser un verdadero sér!

Eso y algo más sabrán. Un nuevo alfabeto les dará formas
para que guarden en el aire y en el agua
lo que hasta ahora el hombre no alcanzó.

Eso y algo más sabrán, porque el frío del miedo, el sudor
de la agonía, la desesperada muerte
no llegarán.
Un solo bloque de congelada estirpe
han de formar entonces con la paz de mis aguerridos huesos.

Seres conscientes del Mundo que todavía creéis vivir,
seres decididos!
Os invito a que me sigáis en la conquista de los millones
de cadáveres que están sudando de miedo
que están edificando su propia destrucción...
Os invito también a que escuchéis la voz de mis huesos
cuando
en el máximo de felicidad recorran la Tierra buscando
su imagen en todos los perfiles
y serenos digan:
—Sólo los cadáveres fueron capaces de hacerse la guerra
para comer desperdicios en las trincheras...
Sólo ellos fueron capaces de aprender a volar
para después incendiar su propia suerte...

ALEJANDRO MANCO CAMPOS

Lima. 1941.

Max Jiménez y la 2da. exposición de sus cuadros en la Passedoit Gallery, Nueva York

La estimación extranjera

(Traducción y envío de *M. H.*)

Del 3 al 15 de febrero del año en curso, nuestro Max Jiménez expuso, en la Georgette Passedoit Gallery *de Nueva York,* 13 *de sus cuadros inéditos.*

Trascribimos algunas de las apreciaciones que en revistas de los Estados Unidos han aparecido sobre la Exposición de Max, la segunda que hace en la Georgette Passedoit Gallery. Son satisfactorias. Los triunfos de nuestro singular y orignal pintor nos regocijan.

Catalogue

1. Peasants
2. Frenzy
3. Mystical Moment
4. Forlorn
5. Despair
6. The Game Eternal
7. Adamant
8. Autumn
9. The Well
10. The Edge of the Precipice
11. Hunger
12. The Lost Children
13. Sunset



(Cuadro de *Max Jiménez*).

Por encima de cualesquiera otras consideraciones, Jiménez es toda una personalidad y para quienes sean capaces de apreciar no tan sólo lo bonito sino también la fuerza extremada hasta la brutalidad, que es la característica de los cuadros de Jiménez, su obra será inquietante, atormentadora, interesantísimas; mas ocurre, por modo extraño. que ésta se torna a fin de cuentas profundamente tranquilizadora y asiéntase en el alma y en el corazón produciendo goces inefables. Al contemplar las pinturas de Jiménez, recuerdo peregrinamente dos libros, muy diferentes entre sí, aparentemente. No evoco ni a Picasso ni al Greco, ni se me viene a mentes paralelo alguno pictórico.

Aunque Jiménez ha experimentado, como todo gran artista, la influencia de sus antesesores en punto de pintura como en lo espiritual, su individualismo es demasiado recio para que busque arrimo en las creaciones de los demás. Hemos dado el motivo por el cual Jiménez debe ser estimado doblemente por nosotros los yanquis, puesto que seguimos sustentando, como algo precioso, nuestro derecho indeclinable de ser tan rotunda y drásticamente nosotros mismos, como nos venga en gana y en la medida en que nos sea posible.

Pienso en Proust y pienso en Don Quijote.

Encontramos en Proust la misma búsqueda concienzuda de la verdad, de la verdad íntima, cuando muestra al desnudo lo feo, lo grotesco, lo monstruoso aún, arrancando la película externa de lo agradable en un sentido puramente convencional y al descubrir estas cualidades al desnudo evoca en nosotros la temblorosa y descarriada alma de la humanidad que los cínicos amamos a pesar de nuestras rabietas e impaciencias.

Estos sentimientos bruscos y amargos y esta fervorosa ternura por la humanidad se hallan siempre presentes tanto en las producciones de Proust como en las de Máx Jiménez.

Don Quijote nos enseña a conocer, y lo que es más importante, apreciar "al hombre que va demasiado lejos". Demasiado lejos, decimos, para un convencionalismo cerrado, para el gusto de las personas elegantes, bien educadas, sensitivas. Sin embargo, la suma y sustancia de los sentimientos que inspira don Quijote, viene a ser de respeto y de amor y ni por un momento a despecho de las exageraciones sino precisa y definitivamente por esas exageraciones que hacen resaltar impresionantemente la grandeza: la grandeza, también de la expresión directa, de la sinceridad y de la convicción inconmovible, de manera que don Quijote emerge realmente con más elegancia, educación y sensibilidad, tal vez atemperadas por la ferocidad y lo grotesco de la exposición, que el resto de nosotros.

Sus cualidades puramente técnicas de pintor podrían discutirse extensamente, pero no es este el lugar indicado. Son obvios su poderoso sentido del diseño, su valentía, su sorprendente paleta y la variedad que logra encomendando algunas veces a ella grupos de delicados grises y castaños y tintes neutralizados de pintura al pastel.

Así se nos presenta Max Jiménez.

FLORENCE STOL

(*Spur,* marzo. de 1941).

Máx Jiménez, el pintor costarricense, cuyos cuadros fueron expuestos aquí por primera vez en la Passedoit Gallery, el año pasado, está exhibiendo actualmente en esos mismos salones un grupo completamente nuevo de lienzos recientemente ejecutados.

Las distorsiones violentas de la forma humana siguen siendo la nota predominante de los cuadros de este artista, lo que no empece, que la cualidad mística se destaque más claramente; y ma-

ravilloso cómo ha acrecentado la variedad y riqueza del colorido.

Uno de estos cuadros, *Abandonada*, aparece en la página 25.

(Pictures on Exhibit).

Jiménez, suramericano con sabor francés

Las leyes de la escultura moderna, o sean las de la gravedad y de la resistencia, privan siempre en los lienzos de Máx Jiménez, por más que hace tiempo que abandonó las tres clásicas dimensiones en la pintura para poder combinar los más delicados colores con el abultamiento de las formas. Las figuras crecen como organismos vivos. El ropaje ha sido tallado primorosamente. Los miembros femeninos son monumentos a la extinta raza caribe de su tierra natal, Costa Rica.

En uno de sus cuadros, (que pueden verse desde el 9 de febrero en los salones Passedoit), se palpa en Jiménez la influencia de su amigo Picasso.

Lo cual es de lamentarse verdaderamente porque su obra toda comprueba claramente que el artista nada debe ni a las academias ni a la Escuela de París. Sorprende su rara habilidad de ser localista, sin caer jamás en lo pintoresco.

ROSEMUND FROST

(The Art News)

Lo diforme se le hace fácil a Máx Jiménez, el modernista costarricense, cuyos lienzos se están exponiendo en la Georgete Passedoit Gallery.

Puede decirse, en efecto, que la distorsión es el principio inspirador del tamaño y de la fuerza de su obra y que el artista la extrema hasta el punto de dar a sus figuras humanas sorprendentes e hinchadas proporciones.

En el *Juego Eterno*, uno de los trabajos de mayor aliento, dos figuras femeninas juegan en la playa a la pelota y tal pareciera que fueran a desprenderse hacia el espacio con flotabilidad de globos de carnaval.

Cárguese todo esto a la cuenta del temperamento personalísimo de Máx Jiménez, que dicho seo de paso, no es siempre alegre y en quien son frecuentes los momentos de profunda introspección espiritual. *Momento Místico* y *Adamant*, reflejan, entre otros muchos cuadros, tales estados de ánimo.

CARLYLE BURROWS

(New York Herald Tribune)

Vudeo extremado

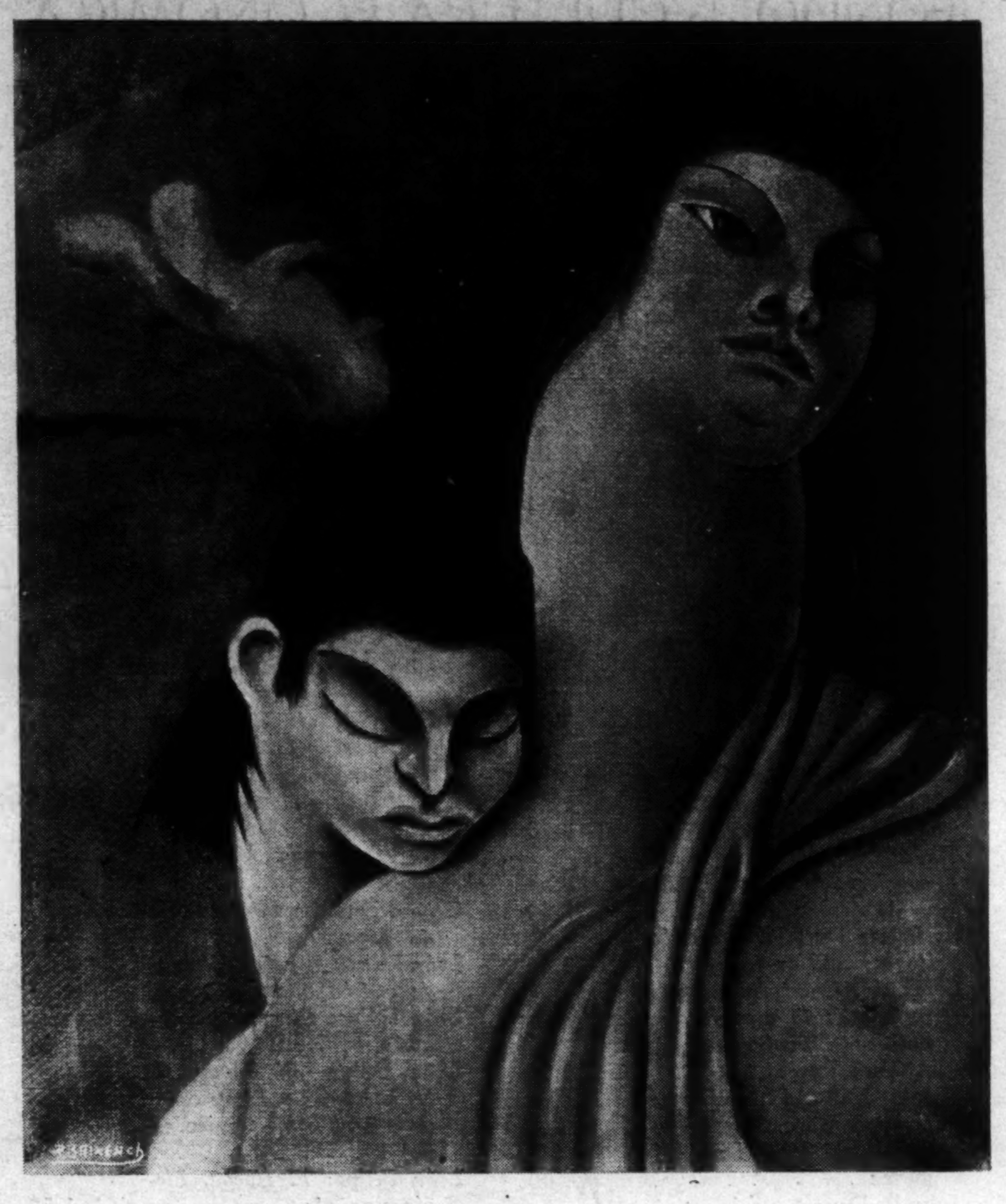
Y de más abajo de la frontera, de Costa Rica, para ser exactos, nos llega una nueva presentación de cuadros de Máx Jiménez a la Georgette Passedoit Gallery, en donde el artista se dió a conocer por primera vez en New York. Desde el año pasado Jiménez ha asimilado algunos cambios a su estilo. Ha amortiguado los tonos más desapasibles del color y hay en sus lienzos un sabor positivo de pintura al pastel.

Apégase Jiménez a sus figuras de pesados miembros, a sus trazos de lento desarrollo y sigue valiéndose de la figura humana monumental, como vehículo de sus ideas.

La cualidad constante de la obra de Jiménez perdura. Es el vudeo extremado que él dramatiza en cuadros como *Los niños perdidos* y aún en el referido lienzo, tan piadosamente concebido, *El momento místico*.

En la pintura, *Al borde del precipicio*, el artista se eleva a un dramatismo que raya en lo teatral; pero eso no implica en manera alguna que ni por un momento su obra represente otra cosa que el más puro arte pictórico.

(The Art. Digest, The New's Magazine of Art.)



Adamant (Cuadro de *Max Jiménez*).

Cita de retorno

Máx Jiménez, el interesante extremista, está exhibiendo trece interpretaciones, sabiamente imaginativas, de temas conocidos.

Sus trabajos no pueden juzgarse desde el punto de vista de la pintura tradicional; sin embargo, la distribución del campo es propia de un consumado muralista.

Mr. Jiménez desarrolla sus temas con personalismo e idealismo, que jamás extrema hasta el punto de aislarlos del mundo objetivo completamente. No porque Jiménez deje correr sus concepciones intuitivas, hasta alcanzar proporciones fabulosas, vuélvense obscuros o enigmáticos, la idea y el significado de sus cuadros, porque el explicativo trazo experto aclara siempre el propósito del artista.

Los títulos de sus lienzos están muy puestos en razón, tales como *Los campesinos;* el de una madre hercúlea y su hijo, *Adamant* y por último , *El juego eterno* en que aparecen dos mujeres jugando a la pelota en la playa.

¿Acaso se intenta dar forma simbólica a la constante preocupación de los hombres de dejar caer en hombros ajenos la propia responsabilidad?

(The Brooklyn Edgle)

Máx Jiménez, el pintor costarricense que debutó en la Georgette Passedoit Gallery el año pasado, efectúa una segunda exposición en esos salones. No parece haber cambiado mucho la ideología del pintor, ya que todavía se siente que el fondo de su obra está forjado con deidades toltecas y rituales de la raza negra: empero, la calidad de la pintura ha mejorado notablemente, lo mismo que el colorido.

El matíz, efectivamente, parece marcar el tiempo a cada motivo, desde los mudos grises de *Momente místico*, en gama ascendente, hasta los colores refulgentes de las estáticas figuras que se destacan en *El juego eterno*, entre el esplendor lúgubre del cielo y el mar.

Cualquiera que sea el motivo de estos cuadros exóticos, se expresa a traves del simbolismo de figuras monumentales que parecen haber salido de una cosmogonía de primitivas deidades poderosas, distintas de los seres humanos, no tan sólo por lo exagerado de las formas, sino también por cierta distorsión del ser íntimo, como si fueran personificaciones de fuerzas elementales concretas.

Con todo, por dramáticas que sean estas manifestaciones, véase *Al borde del precipicio*—jamás degeneran en gesticulaciones teatrales, antes bien, sugieren una escala mayor horrenda de experiencias y pasiones que la que se encuentra en el común de los mortales.

MARGARET BREUNING

(Art, New York).

Momentos de vida y de literatura

(En el *Rep. Amer*).

La indiscreta piedad

El jorobadito baila un *fox-trot*, al compás de la música de una victrola.

La gente del *bar* sonríe complacida de ver tánto alborozo ingenuo entre tánta miseria.

Al finalizar el baile, cada quien se apresta a ofrecerle al muchacho, junto con una frase de cariño, su óbolo de piedad. Pero un viejecito, de aspecto grave y negra filosofía, acompaña su limosna con estas palabras:

—¡Pobre niño!... Eres muy desgraciado... Cómo te compadezco!...

La gente del *bar* pide nuevos bailes. Pero el jorobado a nadie atiende. Fijos están sus ojos, nublados de súbito por una infinita pesadumbre, en la silueta del viejecito, que se aleja con paso tardo.

¡Qué indiscreta es la piedad, a veces!

Asunto para un teatro de guignol

El fuerte lazo de amistad que había unido a aquellos dos hombres, desde la más remota infancia, lo rasgó bruscamente el capricho de una mujer. I habían jurado matarse; pero en secreto, sin que nadie lo supiera.

Una tarde, el Destino los puso frente a frente, en una encrucijada, cerca de una vía férrea.

Al verse, quisieron huir por rumbos distintos, temerosos de que alguien fuese testigo del fatal duelo a muerte. Pero el pito de una locomotora, que avanzaba rauda, los empujó, con fuerza inevitable, el uno hacia el otro.

I fué así como la Muerte, piadosa siempre, volvió a anudar el lazo íntimo de amistad que el Amor había rasgado bruscamente.

El perdón que anhelamos

Agobiado por la pesadumbre de un remordimiento, me dirigí al templo en cierta ocasión.

Contrito, con la humildad sincera del pecador arrepentido, le dije al confesor mi culpa.

Me dió la absolución. Cumplí la penitencia. I al salir a la calle me sentía pleno de inefable gozo, reconciliado de nuevo con la vida.

Pero a poco, volvió a torturarme la misma pesadumbre que había llevado al templo.

Pobres almas las nuestras, pobres almas!... Ya el perdón de Dios no nos basta para lograr la paz que anhelamos. Necesitamos algo difícil, casi imposible de alcanzar: el perdón de nosotros mismos.

EDUARDO INNES-GONZÁLEZ

Caracas, Venezuela, 1941.

Página lírica

(En el *Rep. Amer*).

Tríptico heroico

I

PATRIA

Patria, sublime amor de mis amores,
tu nombre sabe a música increada
y es como una caricia de la amada
que se vuelve deliquios interiores.

Para acallar los íntimos dolores
de la ausencia —que es senda desolada—,
yo te suelo llevar en la mirada,
como se lleva un haz de resplandores.

Mi corazón, mi sangre, mis anhelos,
todo lo que en la vida tú me diste
y hasta mi propio honor yo te daría...

Porque bajo la comba de los cielos
y por cima de todo cuanto existe,
sólo a ti te contemplo, patria mía!

II

FE

Las audaces galeras españolas,
en sus magnas conquistas fulgurantes,
a la América dieron los andantes
caballeros de plumas y de golas.

Sobre el ignoto mar, firmes y solas,
aquellas muchedumbres navegantes,
alzaban en la lengua de Cervantes
vivas preces a Dios junto a las olas.

Desde entonces la tierra americana
sintió llegar a sus arterias grandes
la civilización pura y cristiana.

Y el mundo desangrado ha visto
flotar sobre estas cumbres de los Andes
el amoroso pabellón de Cristo.

III

AMOR

Busco, soñado bien, el encendido
fulgor de tus miradas soñadoras,
lo mismo que las aves migradoras
buscan la rama que guardó su nido.

Eres, amor, como el edén perdido
que sueña mi ansiedad en lentas horas,
donde escucho tus voces turbadoras
que deleitan con música mi oído.

Con tu suave mirar mis pesadumbres
se fugan en ligera caravana
como al sol las neblinas de las cumbres.

Y al punto vuelve mi ilusión temprana,
con temblores de luz como las lumbres
vuelven al despertar de la mañana.

ENVIO

Entre el rumor de gloria que la aclama
decir quiero a la Reina de la Fiesta
que está mi vida en donación dispuesta
por mi fe, por mi tierra, por mi dama;

Que siempre ondea el ínclito oriflama
de mi país sobre mi torre enhiesta
y el pabellón de Cristo en la alta cresta
sus resplandores límpidos derrama;

Que a su paso de Reina triunfadora,
mi canto quiere ser como la aurora
que en exposión de luz la senda traza;

Y que mi estrofa es rutilante marco
para su trono, y se convierte en Arco
de Triunfo en el Gran Día de la Raza!

Tu presencia

(Inédito)

Como un brillo celeste tu presencia me escuda,
como un móvil ensueño tu mirada me anima;
s estoy solo, en el fondo de la trágica sima,
tú me tiendes la gracia de tu mano desnuda.

Mi pobre alma sedienta con tu alma se anuda
y al hallarse entre sombras a tu luz se aproxima,
y a su lumbre amorosa mi dolor se sublima
y se trueca en el ansia de una súplica muda.

Tú le diste a mi anhelo su perínclito rumbo,
donde el bien—flor de nácar—es un ritmo presente,
como el ritmo lejano de las olas sin tumbo.

Y en la diáfana huella de tus pies compasivos,
puedo hallar—como signo de la aurora naciente—
la divina parábola de mis valles nativos.

Lumbre de la noche

Alfiler de oro clavado en la oscura
veste de la noche, rutila el cocuyo;
así en la tiniebla de mi alma impura
fulge el amor tuyo.

Lumbre de las selvas el cocuyo errante
conmueve el imperio de la sombra alada,
tal como conmueve mi pecho anhelante
tu dulce mirada.



Alfonso Mejía Robledo

(Dibujo de F. Amighetti. San Salvador, 1940)

El bosque se puebla de cálido arrullo
si el rútilo insecto se clava en la sombra;
mi alma así se llena de grato murmullo,
si tu voz me nombra.

Sordo se halla el bosque cuando no desfleca
su luz el insecto que en la sombra vaga;
sorda de igual modo mi alma se trueca
si tu voz se apaga.

En la oscura noche de mi alma triste
rompe las tinieblas el reflejo tuyo,
tal como la sombra del bosque se viste
con los resplandores que le da el cocuyo.

ALFONSO MEJÍA ROBLEDO

María Luisa Vera

(En el *Rep. Amer*).

"Para no olvidar la tierra,—soy como un haz de trigo,—moreno, macizo y ondulante.—Hay en mí algo de caña y de espiga,—de surco y de granero,—y en mis ojos cuajó el ardor del sol,—y en mi piel la simiente de oro..." (Espigas, "Arcilla", México, 1932-3).

Así habla, y así parece, la admirable y simpáticamente inteligente poetisa intensamente mexicana, María Luisa Vera. Esta hija del sol y de la tierra que adora es una mujer-torbellino. La pasión de rebelión de su espíritu da a esta delicada mujer trigueña una impresión de fortaleza extraordinaria. Desde muy pequeña, nos dice, en contacto con la injusticia de los patrones se fué formando en su yo ese espíritu rebelde que se advierte en toda su obra, como en sus ojos ardientes.

Vive María Luisa en una pequeña casa amarilla, al fondo de un patio diminuto y bonito con sus arbolitos, rosas flamantes, guacamaya pícara, y patos que son excelentes guardias nocturnas. Cómodo y sencillo el salón modernista, atractivo con los muchos libros y algunas pinturas de grandes líderes revolucionarios, hechas en vivos colores por discípulos de Diego Rivera. Hospitalaria, graciosísima, María Luisa conversa con sal, brío, y relámpagos de hondo pensamiento e intuiciones de fuerte emoción. Esta indoamericana entusiasta, sin embargo, había enorgullecido en España cuando pasaba meses allá como delegada al Congreso de Escritores contra el Fascismo durante la Guerra Civil. Sí, honró sus "gotitas" de sangre española al ver el buen humor, el heroísmo austero y silencioso, la determinación valerosa de los españoles que vivían en medio de bombardeos, frío, hambre, y muerte, sin combustible ni jabón. Pero ella no olvida por largo tiempo a los tristes niños de su patria para quienes "mañana es sólo tener el mendrugo de pan", ni a los campesinos que siembran el trigo y mueren de hambre, ni el ideal en un cuento suyo, *Una maestra* (¿no será ésta su propia madre?), quien "luchaba entre los suyos, ciegos aún, pero anhelantes, con un solo prestigio: ser de su raza; con un solo ideal: ir hacia la justicia."

Arcilla, "libro de pecado de su juventud", es el primer tomo de poesías de María Luisa Vera. Líricas, pintan el alma apasionada de mujer, cuyo canto del corazón enamorado transforma todo en poesía delicada y viril. Del papel de sus versos, de él, le vienen "perfumes de floresta y rumores de hada... salobres brisas... nórdicos piratas..." Tiene sus horas inolvidables de felicidad voluptuosa "A veces plena de ti,—saturada de ternura,—como las noches aquellas—aleación de bronce y luna.—Pero a veces estoy hueca—como ruinosa armadura,—se me fué de pinta el alma—por ir siguiendo tu ruta." Y en sus momentos de angustia sabe que "se suicida en un sollozo— un pedazo de la vida." Al fin de este tomo dice, renunciada: "Desposeída de todo,—ennobleceré mi estirpe—

con sonrisas de pesar.—Juventud, suave espejismo,—dinero, áureo rodar,—sólo anhelo la sonrisa—brillando con vaguedad.—Sólo quiero ser valiente—en el dolor y el azar—y jugar con la sonrisa—cual rodela de cristal."

Yunque (México, 1934) entona la canción de los proletarios. Esta mujer que se llama romántico de la vida tiene una fe romántica en el proletariado, en su decencia, honestidad, justicia. Poéticamente cree en el talismán de la igualdad, en la guerra de clases, proclamando que cesará el gran dolor cuando la fábrica será del obrero.

Como todos los idealistas de los primeros años de los 30, piensa mucho y con vigor en el pacifismo, gritando que "Las nuevas generaciones—ya no irán a las trincheras... movidos como piezas—de un ajedrez inhumano." Nos recuerda que viene del campo, "que es decir de los graneros—que dan vitalidad a las ciudades... A denunciar la explotación infame—que sobre el campesinaje ejercen—terratenientes, clero y hacendados." Y condena la máquina torpe que los hombres llaman maravilla de la ciencia. "Yo digo: mientras subsista el capital—monstruo con avidez de sangre—y hay mil hogares sin pan,—cada volante es una guillotina,—en cada banda existe un anzuelo,—en cada switch acecha la muerte. Aumentan los obreros sin trabajo." ¿No encontramos aquí la sabiduría de Ghandi?

Protesta contra el ahorro que enseña la maestra a los niños pobres. ¿Por qué no les dice que "los grandes capitales—que se hicieron en la guerra—fueron vendiendo cartuchos—a franceses y alemanes,—y que no juntando níqueles—se hicieron los millonarios?" En todo el libro suena el "Yunque, yunque, campanario—de una nueva religión.—En una aurora de fragua—congrega a la población.—Maitines de la venganza—obreros han de oficiar. Angelus del proletario—en yunque habrá de sonar."

La falacia de este volumen es la de todos los oprimidos que piensan corregir todas las injusticias homeopáticamente. ¿Por qué se olvida de la única cosa que pudiera curar a estos pueblos cansados, decadentes, la fraternidad? La igualdad sin la fraterniad no creará nunca más que monstruos capaces de devorar monstruos. La civilización sin cultura es ese totalitarismo monstruoso, esos poderes oscuros que cosechan la muerte, la desolación, el odio, el terror en los bellos campos antes fértiles, de donde nos ha llegado la fuente de nuestra cultura...

En *Poemas de niños tristes* (México, 1939) vemos a una María Luisa más madura, más sabia, consciente del poder de la evocación de una miseria mordaz... "Estampas son de una niñez doliente, de la tuya, de la mía, de la de toda una legión de hombres abrumados por una vida sin infancia." Aquí se encuentra la poesía doliente de sus *Cuentos de extramuros*, uno de los cuales vale por todos los tambores de *Yunque*. Allá es la reformadora. Aquí es el artista insinuante que nos pinta cuadros tan patéticos, tan evocotivos del dolor que tendremos que remediarlo. Lloramos con el pobrecito "Bebé" en su cajoncito, abandonado todo el día por la mamá que regresa de su trabajo bestial "con la noche en prendas.—Su niño es tan sólo un ovillo lacio...—El desfile, el hambre, el llanto, lo han vencido.—En su caja de jabón ha naufragado."

En el cuento *Tapanco* hay un realismo nauseabundo, con cierta nota de poesía grotesca. Y se piensa en los muchos tapancos del mercado de San Juan en la magnífica capital de México, y en ese vasto mercado más allá del zócalo espléndido, tapancos feos y sucios, ahogados en olores fétidos, horribles... Entonces se comprende el intenso odio de ésos que así viven y trabajan... ¿Cómo pueden creer ellos en la fraternidad?

Poesía menos grotesca hay en *El Motín*, donde con gracia se pinta el terror y el valor de las madres que escondieron sus hijitas en el pozo al llegar los militares del gobierno durante la época revolucionaria... Gracia casi bucólica en *El Cacique*, donde se ve al bondadoso don Albino, en cuya propiedad se murió un pobre peón, por haber robado unos chiles verdes. Los campesinos sienten rebeldía. Pero los amos les amenazan con quitarles las casas y trabajo, y el cura les promete no sólo la cárcel en la tierra, sino llamas en el infierno y males y plagas para sus hijos, por violar los derechos divinos de la propiedad... "Y las mujeres lloraban y se daban golpes de pecho. Y los hombres a media iglesia adoptaban la postura del cristo crucificado."

María Luisa tiene en preparación una novela agraria: *Poblado próximo*, y otro pequeño libro: *El Unico Estable*, en que el tema dominante es el amor de la tierra... Así es que en su madurez femenina vuelve a su primer amor, la tierra, cuyo amor le hace haz de trigo, algo de caña y de espiga, de surco y de granero, en cuyos ojos cuajó el ardor del sol y en cuya piel la simiente de oro...

Esta mujer valiente, delicada y enérgica, trigueña y luminosamente risueña, digna representante es del México renaciente, nuevo y grande, ingenioso, generoso, que con fe e idealismo lucha para adelantarse para que reine allí la verdadera democracia. Pertenece ella a este joven México admirable que con noble corazón ha ofrecido a los españoles desterrados asilo y hogar.

FLORENCE HALL

P. O. Box 88.
Harvey, Illinois. U. S. A.

Gacetillas

Omisión y erratas

Las hubo, muy a nuestro pesar, en la entrega pasada.

En el artículo *Criollismo versus democracia*, en la pág. 88, columna primera, renglón 22, el párrafo final dice:

"Hace algún tiempo se publicó en la prensa que el gobernante de cierto paisecito americano, cuyo presupuesto es doscientas veces menor que el de Italia y setecientas veces que el del Tercer Reich, gozaba de un sueldo una y media veces mayor que el del Fuehrer", léase: "gozaba de un sueldo una y media veces mayor que el del Duce y *cinco veces más grande que el del Fuehrer*".

Nota: En relación de presupuestos y sueldos resulta el del gobernante a que se alude, *tres mil quinientas veces mayor!!*

*

En el artículo, *El primero de la clase*, pág. 86, primera columna, párrafo segundo, el renglón 8 debe leerse así:

esculcaba los grupos hasta localizarlo, diputándolo, *etc., etc.*

*

En el poema Elegía a la paz, *la estrofa final debe terminar así:*

y el pan, abierto ya, caliente, omnipresente!

En el poema *Tres cánticos de amor*, en la segunda estrofa de la parte II, debe leerse así el verso 15:

la frente azul del agua.

Los casos ejemplares

De su paso por Guatemala, como Ministro de Costa Rica, el finado don Rafael Castro Quesada dejó una traza perdurable: el haber recogido algunos de los valiosos escritos del, y acerca del, egregio costarricense (centroamericano entonces), Fray *Antonio de Liendo y Goicoechea*. Este servicio tenemos que agradecérselo al señor Castro Quesada los amigos de nuestra cultura.

Don Ricardo Fernández Guardia les dio cabida en su *Revista de los Archivos Nacionales* ("El Padre Goicoechea". 3 mayo 1735.—2 julio 1814). Un folleto de 88 páginas. Imp. Nacional. 1938.)

—o—

Se nos ha ido—y nos duele—don *Mario Briceño-Iragorry*, Ministro de Venezuela en Costa Rica. ¡Ojalá el nuevo Gobierno de Venezuela nos lo retorne! Al decirnos adiós, nos dimos un abrazo efusivo; nos hemos querido, nos hemos apreciado; hemos congeniado, como suele decirse.

Amigo bueno, servicial, modesto, escritor distinguido, hombre de estudio, de ideas: esto y mucho más es *M. B.-I.*

Señalemos dos buenos ejpls.—dos recuerdos, hay otros—que nos dejó *B.-I.* como Ministro de Venezuela: el obsequio de las *Obras* de Cecilio Acosta (5 vols., edición oficial, Caracas, 1908). ¡Y qué regalo! Se trata de uno de los sembradores venezolanos. Sólo falta que se conozca más, que se difunda más lo que pensó y dijo el profundo y santo Cecilio Acosta. Y el otro ejplo. de *B.-I.*: mantuvo de su peculio la suscrición de la Biblioteca Nacional, Caracas, al *Rep. Amer.* No tenemos anotado otro caso semejante, y esto que hace más de 20 años andamos con el *Rep. Amer.* a cuestas. Gracias a *B.-I.*, alma comprensiva y preocupada, hemos cogido *una al menos* de las 21 Bs. Nacionales de la América hispana.

—o—

De interés para los agricultores

La Unión Panamericana ha publicado un folleto sobre el cultivo de la piña en los principales países productores del mundo. Esta es quizá la obra más extensa que se ha publicado hasta la fecha sobre este cultivo.

Los que quieran recibir un ejemplar de esta publicación pueden dirigir su solicitud a la *Oficina de Cooperación Agrícola, Unión Panamericana, Washington, D. C., Estados Unidos de América.*

El estilo lógico de los grandes filósofos

(En el Rep. Amer.)

Las "formas de pensamiento"

Aloys Müller ha señalado cuatro grandes "formas de pensamiento": la cósmico-orgánica, la ético-personal, la mecánico-física y la matemático-racional. Podría decirse que son posiciones distintas con que se contempla el gran paisaje del mundo. Dividiendo el universo con un ecuador imaginario, quedaría encima el hemisferio de las ideas y abajo el de la realidad. Y en éste podríamos distinguir tres grandes zonas: la de la materia inerte, la de la vida y la del espíritu. El filósofo, como nos recordaba acertadamente Recaséns en una de sus conferencias en el Aula Magna de la Universidad de la Habana, es "un especialista en universo". Es decir: un hombre que posee, como ciertos insectos, el privilegio de la mirada circular, el don de abarcar de una sola ojeada toda la redondez del mundo. Pero el panorama contemplado viene determinado muy principalmente por el sitio en que se coloque el mirador. Y así hay filósofos que se instalan en la zona de la materia inerte, como el viejo Demócrito, y piensan que las leyes fundamentales del universo son las que reinan sin contradicciones en aquel trozo de realidad que les queda más a la mano. Se piensa entonces que los más complicados fenómenos de la historia de la cultura pueden explicarse tan fácilmente como una transmisión de energías físico-químicas; y se contempla el mundo como un inmenso enjambre de átomos. Otros filósofos se emplazaron en la zona de la vida, y desde allí han observado el universo como un gran organismo en perpetua movilidad y en incesante crecimiento. Uno de los más interesantes filósofos clásicos que podemos hallar en esta zona es el inquieto Heráclito de Efeso. Entre el grupo de los filósofos contemporáneos que han establecido allí su balcón sobre el mundo, es preciso guardar a Bergson un puesto de honor. Los filósofos que se apostan en la zona del hombre, suelen poner en la Etica el centro de gravitación del universo. En la época clásica, Sócrates fué su prototipo. En los tiempos modernos, Fichte es uno de sus más destacados representantes. Queda por fin el hemisferio de lo ideal. Aloys Müller envía a esta región a Aristóteles y a Platón, a los Escolásticos, a Descartes y a Kant. "Es la forma, que piensa estáticamente, levantando pirámides de conceptos".

El "estilo lógico"

Pero al lado de esta clasificación que ordena los sistemas filosóficos atendiendo más bien a un punto de vista "material" (en sentido kantiano), yo creo que podría hacerse el estudio de las obras de los grandes pensadores tomando como motivo de investigación las *diferencias "formales"* en sus modos de exponer y razonar las doctrinas. Cada filósofo tiene una manera personal de argumentar. A unos les parece insuficiente en filosofía la inducción, mientras que a otro les suenan a hueco los procedimentos deductivos. Sería totalmente absurdo pensar que a cada pensador corresponde un tipo de razonamieto incompartible, puesto que son muchos más los grandes filósofos que las formas generales de argumentación; o imaginar siquiera que cada autor tiene que aferrarse necesariamente a una forma determinada, sin tomarse jamás la libertad de abandonarla. De hecho, probablemente podrían señalarse dentro de cada uno de los grandes autores, todas las formas posibles de razonamiento. Pero sí es cierto que existen preferencias y repulsiones. Y a este predominio de una u otra modalidad formal es a lo que llamamos el "estilo lógico" de cada pensador. A exponer unos cuantos ejemplos de estos "estilos" es a lo que consagramos las presentes líneas.

Razones trascendentales e inmanentes

Por dos grandes direcciones vienen al ser pensante los conocimientos, las del hombre solitario y la del hombre social. Es decir: por una parte la intuición y el razonamiento. Y por otra el testimonio ajeno.

Creer y asentir es, sin duda, algo más que conocer. Pero las direcciones de la certeza se corresponden también con las de la simple toma de noticias. Hay pensamientos que tenemos por verdaderos por haberlos comprobado por nosotros mismos, con ayuda de nuestra razón o de nuestra experiencia. Y pensamientos cuya verdad fundamos únicamente en el buen juicio y honorabilidad de la persona que nos los trasmite. Los primeros son verdaderos en sí, se fundan en "razones inmanentes". Los segundos fundan su veracidad en otro: se basan en "razones trascendentes".

Y aquí tenemos ya la primera encrucijada de los estilos lógicos. ¿Pretende el filósofo que estudiamos que eceptemos sus doctrinas por virtud de su contenido, o por virtud de su origen?

La egolatría y la sofolatría

Pero dentro de los estilos de "razón trascendente" tenemos que hacer todavía una nueva subdivisión. Hay el filósofo soberbio, que pretende que le creamos por ser él quien és. Y hay el filósofo humilde que no se atreve a mostrarnos su pensamiento en sus propias manos, sino que acude a manos ajenas para presentarlo. Son los dos grandes estilos de la "egolatría" y la "sofolatría".

El "ególatra" se siente con arrebatos de profeta e infalibilidad de vidente. Siente pasar bajo sus pies la piara torpe de la humanidad, y deja caer de vez en cuando, para alimento de los paladares fuertes, unas cuantas migajas de su festín intelectual. Los discípulos no han de buscar otras razones a la doctrina que se les enseña que la suma sapiencia del preceptor. Nadie ha llevado más lejos este "estilo filosófico" que aquel misterioso personaje de la Magna Grecia que se llamó Empédocles de Agrigento.

"Yo he venido cerca de vosotros, (decía al comenzar sus discursos) *como un dios inmortal, honrado entre todos como conviene a mi naturaleza, ceñida la frente de cintas y coronas florecidas. Cuando avanzo en las ciudades florecientes con este cortejo de hombres y mujeres, se me venera: millares de gentes se apresuran a seguirme: unos piden oráculos; otros que sufren mil enfermedades, quieren oír la palabra que cura..."*

En los tiempos modernos es difícil señalar ningún tipo humano semejante a no ser Federico Nietzsche. Pero de vez en cuando (es triste señalarlo) asoma bajo las macizas arcadas de las doctrinas de algunos filósofos el endeble cimiento de pretensión de infabilidad. Se propone una tesis, y no se toma el autor el trabajo de demostrar las razones en que se asienta o mostrar las intuiciones que conducen a ella. Su estilo lógico es en ese momento, un estilo "egolátrico".

La sofolatría es el culto al sabio. Se toma a un autor o a una escuela por norma, y se aduce por principal argumento de cada doctrina, el haber sido defendida por mentes tan notables. Ya los maestros del pitagorismo practicaban este estilo lógico, al subrayar sus más extravagantes doctrinas con una frase sagrada: "autos efe", el maestro lo ha dicho. A Santo Tomas de Aquino, a pesar de su admiración intelectual por Aristóteles, no se le puede acusar de sofolatría por el pensador pagano. Pero algunas figuras secundarias del escolasticismo posterior se dedicaron a practicar la sofolatría de Santo Tomas. En la Florencia del siglo XV el estilo lógico de los maestros de filosofía aducía como alfa y omega de sus argumentaciones el texto de los Diálogos de Platón.

El estilo "intuitivo"

Muy diferente de la "egolatría ", aunque a veces parezca cofundirse con ella, es el estilo de la "intuición". En aquella el filósofo proponía teorías increíbles a título de hombre superior. En éste, se proponen doctrinas que, a juicio del expositor, encierran en sí mismas su mejor fundamento de validación. El filósofo intuicionista no quiere que se jure sobre su palabra, sino que se centre la atención en sus doctrinas para que se contemple la verdad de las mismas. Piensa que expone pensamientos que, tras un esfuerzo mental más o menos intenso, resultarán evidentes; y sus palabras más que una imposición dogmática son una invitación a pensar, una sugerencia desbordante de posibilidades... Todo gran sistema filosófico, como ha observado atinadamente Bergson, parte de una intuición nuclear. Pero el punto de partida no predetermina el estilo lógico de la exposición. El desarrollo de las intuiciones de Spinoza desfila ante los ojos del lector de su Etica en una rígida procesión deductiva. Bergson, en cambio, mantiene el intuicionismo hasta en el estilo. Rehuye las escaleras de razonamientos para sugerir al lector, por una concentración de metáforas, sus propias intuiciones. Otro gran intuicionista de estilo, fue Renato Descartes. A pesar de su profunda formación matemática, el filósofo turenense se complace en ir mostrando sus pensamientos con la ingenua sencillez de un joyero que va depositando ante los ojos deslumbrados de su clientela la riqueza de su mercadería. Piensa que a los demás tienen que parecer sus "verdades" tan "claras y evidentes" como a él. Veamos un trozo de su "estilo lógico":

"Examiné atentamente lo que era yo, y viendo que podía imaginar que carecía

de cuerpo y que no existía nada en que mi ser estuviera, pero que no podía concebir mi no existencia, porque mi mismo pensamiento de dudar de todo constituía la prueba más evidente de que yo existía; comprendí que yo era una substancia cuya naturaleza o esencia era a su vez el pensamiento substancia que no necesita ningún lugar para ser, ni depende de ninguna cosa material; de suerte que este Yo—o lo que es lo mismo, el alma—por el cual soy lo que soy, es enteramente distinto del cuerpo y más fácil de conocer que él. Después de esto, reflexioné en las condiciones que deben requerirse en una proposición para afirmarla como verdadera y cierta; acababa de encontrar una así, y quería saber en qué consistía su certeza... juzgué que podría adoptar como regla general que las cosas que concebimos muy clara y distintamente son todas verdaderas..."

El estilo "inductivo"

Quizás sea el estilo "inductivo" el menos usado por los grandes filósofos. Hay quienes han protestado enérgicamente de que se acepte semejante posibilidad. "Querer alzar resultados filosóficos por medio de una inferencia inductiva, (se ha dicho con gráfica frase) es exactamente tan absurdo como resolver problemas matemáticos con tanques y fuego de artillería". Y quien no admite la validez de la inducción como método para crear filosofía, no puede tampoco aceptarla como "estilo" de exposición.

Han existido, sin embargo, ciertos pensadores, particularmente numerosos en la época del auge positivista y en la subsiguiente, que han mantenido las posibilidades de una "metafísica inductiva". La figura mas representativa de este movimiento es, sin duda alguna, Wilhelm Wundt. Y hasta un pensador que está tan cerca de la corriente de pensamiento que va de Brentano a la fenomenología, como Oswald Külpe, parece simpatizar también con la idea de esta posibilidad. Pero habría que hacer un estudio minucioso de sus obras antes de decir hasta qué punto emplearon en ellas un "estilo inductivo".

Los estilos deductivos

Aunque difiriendo en la colocación de los elementos clasificados, puede decirse que todos los lógicos reconocen tres principales formas de deducción: el raciocinio categórico, el hipotético y el disyuntivo. Algunos tratadistas, como Joachim Grau, insisten en que se considere la disyunción más bien en los complejos de raciocinios que en los raciocinios simples. Pero de todos modos, siempre resulta aprovechable la clásica división tripartita.

Sin pretender llevar nuestras insinuaciones más allá de los límites de la prudencia, podríamos apuntar cierta conexión psicológica entre las actitudes epistemológicas y las formas del raciocinio. El razonamiento categórico parece convenir a los espíritus dogmáticos, que confían en sus aptitudes para poseer la verdad, ya que sirve a maravilla para afianzar la certeza de cuanquier juicio. El raciocinio hipotético sugiere, por el contrario, desde un punto de vista psicológico, un principio de duda... "Si A es cierto, es cierto B". Parece como si no se atreviera, el que lo enuncia, a aseverar firmemente la certeza de A. Sería por tanto un razonamiento grato al escepticismo provisional, a los autores que se gozan en destruir una doctrina para afianzar más tarde la propia. La disyunción, en fin, es un arma grata a los escépticos radicales. No se conforma este razonamiento con poner en duda la certeza de una proposición y aún por ventura negarla después, sino que sirve, torturando los conceptos, para negar también la verdad de la contraria. Las principales tesis del escepticismo clásico podrían esquematizarse así: "O *A* es cierto, o es cierto B. Pero ni *A* es cierto, ni *B* tampoco. Luego no es posible al hombre alcanzar nunca la verdad".

Que haya en esta sugerencia algo más que una pura fantasía literaria, lo demuestran tres nombres ilustres que vamos a citar: Socrates, Sexto Empírico y Santo Tomás.

En el eje epistemológico dogmatismo - escepticismo, el filósofo de Aquino se encuentra mucho más cerca del primer polo que del segundo, por su enorme confianza en la capacidad del hombre para llegar a la posesión de la verdad. Y su estilo es precisamente el raciocinio categórico. Veamos un trozo de la Summa Theologica.

> *"Se puede demostrar de muchas maneras la simplicidad divina. Primeramente, por lo que ha sido dicho antes.* (Premisas:) *Puesto que en Dios no hay composición de partes, porque no es un cuerpo; puesto que no se compone de materia y forma, porque es "acto" puro; puesto que en él la "naturaleza" no difiere del "supuesto" ni la esencia de la existencia; puesto que en él no hay composición de género y diferencia, ni de sujeto y accidente; es evidente* (conclusión sintetizadora) *que Dios no es en ningún sentido compuesto, sino simple. En segundo lugar: el compuesto es posterior al componente y depende de él* (premisa mayor). *Y Dios, como hemos visto es el primero de los seres, según queda dicho,* (premisa menor). *En tercer lugar: Todo compuesto tiene una causa, porque las cosas diversas no pueden juntarse en una sola si no es por la acción de una exterior* (mayor). *Y Dios no tiene causa, según antes se demostró, pues es la primera causa eficiente* (menor) . . . etc . . ."

Sócrates había echado sobre sus hombros la misión de inquietar a los atenienses desmostrándoles que nada sabían, para así disponerlos mejor a la adquisición del verdadero saber. Es, pues, un escéptico a medias, que se complace en clavar en la mente de sus oyentes la espina negra de la duda, para que éstos se ejerciten más tarde en arrancarla. Y su estilo preferido es el raciocinio hipotético. Quizás en algún caso las palabras no revelen claramente la estructura condicional. Pero tratando de reconstruir el esqueleto lógico de cualquiera de los primeros diálogos platónicos, se nota enseguida la técnica de ir proponiendo hipótesis para hacerlas fracasar luego por absurdas. Un ejemplo manifiesto de este procedimiento socrático es el Carmides. El diálogo entero puede resumirse en las palabras que el maestro ateniense dirige al orgulloso hijo de Glaucón: "Si posees la sabiduría, te hallarás capacitado para formular tu juicio acerca de ella". El resto de la conversación no tendrá otra finalidad que demostrar la falsedad del consecuente. Sócrates exigirá al infatuado Carmides que defina la sabiduría, y se entretendrá con malévola ironía en ir desbaratando, una a una, sus definiciones. De este modo, quedaba probada la ridiculez de la hipótesis, y humillada la vanidad de Carmides. La prueba negativa del consecuente se verifica también, en el fondo, por medio de raciocinios hipotéticos. Sócrates arranca de Carmides la definición de la sabiduría como "mesura". Si esto fuera cierto, la belleza (sabiduría y belleza son lo mismo) tendría por esencia la mesura... Pero esto es absurdo... "Porque es evidente que, salvo raras excepciones, nunca nos parecen más hermosas, en el curso de la vida, las acciones mesuradas que aquellas otras que son ejecutadas con rapidez y energía." Luego... Siguiéndose en la misma forma el juego dialéctico, Carmides va proponiendo nuevas hipótesis: que si la sabiduría es "la verguenza", si es "lo propio de nosotros", si consiste "en practicar el bien", si se identifica con "la ciencia del propio Yo"... Y a cada una de ellas Sócrates se encarga de sacarle una consecuencia, para, refutada ésta, hacer caer por su base el antecedente. Otro tanto acontece en el Laques, en que van apareciendo hipótesis distin-

tas sobre lo que es el valor, para ir siendo refutadas, una por una, gracias a lo absurdo de sus aplicaciones.

Consideremos finalmente, el estilo de un célebre escéptico: Sexto Empírico. Sus preferencias están por el raciocinio disyuntivo, en que se deja al enemigo tomar por varios caminos distintos, para cortarlos luego todos y demostrar que no hay salida posible. Veamos un curioso razonamiento de las Hipotiposis Pirrónicas en que se afirma y se niega la existencia del movimiento:

(primera disyunción):

"*Empezaremos por los que dicen que éste existe. Estos, en efecto, se apoyan principalmente en la evidencia. Pues si no existe el movimiento* (dicen) *¿cómo es conducido el sol desde el oriente al ocaso?... ¿de qué modo el que niega el movimiento sale de su casa y torna de nuevo?... Mas los que niegan la existencia del movimiento proponen estos argumentos: Si algo se mueve, o se mueve por sí mismo o por otra cosa* (segunda disyunción). *Pero si por otra cosa, no existirá el movimiento. Pues lo que se dice moverse por otra cosa, o será movido sin causa o por alguna causa* (terecera disyunción). *Sin causa, ciertamente, nada dicen que deviene. Pero si se mueve por alguna causa, también aquello necesitará de otro motor, y el segundo de un tercero, y así hasta el infinito, de suerte que devendrá sin principio el movimiento, lo cual es absurdo. Luego todo lo que se mueve, por otra cosa no se mueve. Pero tampoco por sí mismo. Pues dando que todo lo que mueve, o mueve empujando, o tirando, o impulsando hacia arriba o comprimiendo,* (cuarta disyunción) *lo que se mueve a sí mismo necesitará moverse por alguno de los modos antedichos. Pero si se mueve por empuje, estará detrás de sí mismo. Si estirando, delante. Si por impulso hacia arriba, debajo. Si por presión, encima. Pero es imposible que algo esté encima o delante o debajo o detrás de sí mismo; luego es imposible que algo se mueva por sí mismo...*"

De todo lo cual, deduce regocijado Sexto Empírico que la pobre razón humana no puede llegar a cerciorarse nunca de si el movimiento existe o no.

Pueden, pues, investigarse en las obras de los distintos filósofos sus preferencias por unas u otras formas de argumentación. No ha de pretenderse nunca, sin embargo, el establecimiento de formas invariables para cada autor. Quien no tuviera más que un estilo de razonar, no podría pasar de filósofo malo, y por ventura ni de hombre mediocre. Un "estilo lógico" no supone, por ende, exclusivismos sino primacías. Y aún éstas, como todo lo humano, sujetas a la ley de transitoriedad.

JOSÉ I. LASAGA Y TRAVIESO

La Habana, 5 de agosto de 1940.

Las dos alternativas

(De *El Tiempo*. Bogotá, 5, VIII, 40).

El derecho a existir de las naciones débiles se fundaba, hasta hace pocos años, en principios aceptados, según parecía, de buena fe por ellas mismas y también por las naciones fuertes. Se sabía que a pesar de estar consignado tal principio en la ley internacional era posible que una de las naciones poderosas abusase de sus medios y de su fuerza para humillar a las débiles, para imponerles tratados desventajosos, para arrebatarles parte de su territorio y aun para privarlas en un todo de su soberanía. La historia enseñaba que todo esto era posible; pero en una gran parte del siglo diecinueve y hasta 1914 en el presente las naciones débiles de occidente vivían apoyadas en su misma debilidad.

Sin embargo, la convicción de que la fuerza podría sin mayores obstáculos aplicarse, cuando lo quisieran los poderosos, a echar mano de las naciones pequeñas y débiles, hizo nacer en la mente de algunos políticos, señaladamente en la de Woodrow Wilson, el pensamiento de fundar una institución en que los países fuertes sirvieran para garantizar el derecho de los débiles a la existencia. Como pasa generalmente con las previsiones de los hombres en un mundo siempre regido por el acaso y en los últimos cincuenta años empeñado en desvincularse de la razón, la Sociedad de las Naciones señaló el principio de los atentados contra los pueblos débiles. El primer golpe fué dado en Corfú contra Grecia por un socio de la institución creada para defender a los débiles. La actitud de algunas potencias salvó entonces a Grecia de la mutilación, pero la tentativa, aunque encallada, sirvió para mostrar cómo buscando mejores oportunidades el empeño podría lograrse. Otra nación aprendió la lección más tarde, y aprovechando la ventaja de las grandes distancias a que caía Ginebra, emprendió la desmembración de un vecino indefenso y la llevó a buen término. Más tarde la sana institución ginebrina se vió frente al problema de Abisinia y lo hubiera resuelto en pro de la civilización y habría prevenido los atentados posteriores, si las naciones fuertes hubieran estado en ese caso de acuerdo. El conquistador de Abisinia supo escoger el momento, después de haber estudiado la conciencia o la falta de conciencia de otras naciones fuertes. Surgió luego el atentado contra España y sirvió para demostrar que la Sociedad de las Naciones había pasado ingloriosamente a la historia.

Sucesos recientes han probado que las naciones débiles no tienen ya razón de existir como no sea con el apoyo o bajo la tolerancia de las fuertes. En América no hay más que una república, por sus recursos, por su posición, por el adelanto de su técnica, suficientemente poderosa para resistir a otros Estados fuertes. Las demás naciones de este continente carecen de medios para resistir a la concupiscencia del nazismo y del fascismo si, combinados como están estos enemigos de la civilización, llegaran a dominar a la Gran Bretaña y a hacerse, con Rusia, dueños de toda Europa.

Las naciones americanas colocadas al sur del Río Grande, sobre el Atlántico y el Pacífico, quedarán en una situación de contingencia cuando el nazismo se haya apoderado de Europa. No quedan más que dos alternativas: o la cooperación de todas ellas con la república de Washington, en una imperiosa necesidad de defensa, o la aceptación de los azares que puede traer consigo su debilidad ante la codicia de los grandes. Una república del Caribe que se negara a cooperar con Washington en la defensa del Continente quedaría expuesta, en su carácter de entidad inerme, a la agresión de los Estados totalitarios por razones de codicia de éstos, o a la ocupación sin obstáculo de la gran república del norte por motivos de protección y salvaguardia propias.

A la luz de estas contingencias debemos estudiar nuestra posición para el futuro. No podemos escapar al conflicto. Podemos elegir entre la alternativa de enfrentarnos a un enemigo solo que será la Europa de los poderes enemigos de toda libertad, o dos enemigos, que serán esos mismos poderes y la república de los Estados Unidos del Norte, dispuesta, como es natural en tan penosa eventualidad, a usar de todo su poder para quitarle al enemigo todos los medios de expansión.

No hay que olvidar, por otra parte, que antes de llevar las hostilidades a un país determinado, sin declarar la guerra, según es la usanza ahora, siguiendo el desventurado ejemplo del lejano y tenebroso oriente, los países totalitarios envenenan el ambiente con hábiles propagandas y organizaciones secretas de que se valen en la hora propicia. Lo que equivale a decir que empiezan las hostilidades antes de romperlas ostensiblemente. Para prevenir el resultado de esta propaganda y ponerles freno a estas organizaciones, cuya existencia, como ya se ha visto en Noruega, Holanda y otras víctimas de su incompetencia, era una forma clandestina de hostilidad, pero una hostilidad eficacísima, los gobiernos deben buscar los medios más eficaces. No es sino muy ridículo dejarse conquistar por el enemigo asilado en las mismas fortificaciones que se trata de defender. La patria es la patria a todas horas, frente a toda clase de eventualidades y el enemigo no deja de serlo por vivir entre nosotros, haciendo el gesto obligado de la pasividad.

B. SANÍN CANO

EDITOR:
J. García Monge.
CORREOS: LETRA X
TELEFONO 3754
En Costa Rica:
Suscrición mensual ₡ 2.00

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El suelo es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.—*José Martí.*

EXTERIOR:
UN TOMO: $ 3.00
DOS TOMOS: $ 5.00
oro am.
Giro bancario sobre Nueva York

Las crónicas de Ortiz Echagüe

(En el *Rep. Amer*).

El periodismo entre nosotros se ha vuelto, como dicen de las cosas que no tienen interés y que son tediosas, una lata.

Uno coge un periódico y se pone a leerlo como por librarse de alguna otra "lata" como sería, el vecino que le viene a hacer a uno la larga narración de su "chonetera" o de sus problemas domésticos, como las lombrices de los chiquitos y del reumatismo que le "cayó" en una pierna.

Si adviniera un Gutemberg que desinventara la imprenta, para nosotros sería eso una gran novedad.

En la primera página, y ya esto lo sabe cada quién de memoria, las múltiples manifestaciones y complicaciones y atrocidades de esa macabra indecencia que se llama la actual guerra imperialista.

Luego alguna que otra informacioncita de ingenuidad calculada y que no traspase los límites de un prudente acomedimiento;—muchas precauciones con la verdad aquella que no peca pero incomoda y pocas con el mentiroso eufemismo lisonjero—; luego los accidentes de tráfico, las caricaturas de algún dibujante cretino, el fútbol, los avisos que siempre empiezan con el consabido y majadero imperativo: tome!, coma!, trague!, los avisos económicos y los teatros con todas las chavacanas vicisitudes de un corazón humano que por empeñarse en sostener el punto de un romanticismo anacrónico y disipado ya se ha vuelto "corazón de pantalla".

En todo se trasluce un estado social decadente, una actualidad histórica caótica, confusa, desolada.

Y el periódico se llama también "diario". Lo cual quiere decir que diariamente, un día tras otro (con excepción del lunes), le sirven a uno impreso, sobre un papel baratón, el mismo cuento con distintas palabras y en definitiva con sólo una cosa nueva que vendría a ser la fecha. Tanto que el periódico es más práctico que un almanaque, para saber uno en qué día vive, esto es, como estar suscrito al almanaque, amén de que también sirve para otras cosillas como para envolver, y en economía doméstica, para sacar moldes y limpiar vidrios, etc.

Pero cualquier día de estos que por pura casualidad recurrimos a él, nos hallamos con unos titulares en letra gruesa que decían:

Encontré en Costa Rica mucho más correcta a la gente del pueblo que a la buena sociedad de las tribunas elegantes. Ortiz Echagüe en *Costa Rica.* Después de un cortísimo soliloquio que sería — "Y esto, de cuando acá?", nos dimos cuenta de una serie de párrafos entresacados de unas crónicas de viajes por Centro América que el periodista argentino Ortiz Echagüe había realizado y de cuyas impresiones había hecho un relato que publicaba *Diario de Costa Rica.*

Ante tan interesantes y poco corrientes titulares, sí era cosa de coger el periódico con más cariño, insistir en corregirle los dobleces, como para hacer los paginones de a cuarto y más cómodamente legibles y luego ponerse a leer.

¡Una delicia! Sin irse al fondo de la cuestión así en primeros términos, comenzaba uno por darse cuenta de que la profesión periodística entendida como la entiende Ortiz Echagüe, es una



Venda de prensa reaccionaria

civilizadora, fecunda y noble profesión. Implica muchas cosas que bien analizadas son altas funciones de espíritu: talento, valor, ingenio, oportunidad, gracia, profunda cultura en resumen que se dinamiza y se propaga y vuela movida por un impulso vivo de interés humano.

El estupendo artículo se levantaba airosamente por sobre la férula informativa y desteñida, como se levantaría el Partenón entre un caserío mugriento de suburbio.

Pasaba evidentemente Ortiz Echagüe por la noche cósmica de nuestra aldea centroamericana como aquel cometa Cunnigham que pasó hace poco y que volverá dentro de 10,000 años. (A ambos los esperaremos con paciencia).

Y al pasar este cometa del periodismo, no se concretaba a exhibir aureolas iridiscentes, sino a otra cosa más difícil que sería, revolver el charco de los patos, meter bulla en los corrales, y llamar las cosas por su nombre, sin andarse con pelos en la lengua.

No daba impresión su relato de estar teñido de sectarismo alguno. Hablaba con suma inteligencia, como hablan los que disciernen atinadamente las cosas, los que no comen cuento y son honrados.

Se refería a los cínicos tiranos de Centro América con la autoridadcon que puede dirigirse un sabio, un hombre serio a un pillo, apelando a una razón superior de las cosas y casi sintiendo uno que salía a flor de labio el clásico "perdónalos señor, que no saben lo que hacen", tan identificado el periodista como el más justo de los justos con la mil veces santa causa de la dignidad humana.

Observó Ortiz a los pueblos, a nuestro pueblo en sus dichos, sus costumbres, con el interés y la sagacidad de quien sabe que aunque anden descalzos y en harapos y traicionados por quienes los gobiernan y sumidos en la ignorancia que le explotan los amos, son soberanos.

Y ha sido cosa de divertirse esto de ver cómo tergiversan chavacanamente todo cuanto dijo Ortiz los fariseos, defensores a sueldo de las tiranías:

Que a Ortiz lo paga la Gestapo
que es comunista
que es gangster
que nunca ha leído el Carreño
que es un irrespetuoso de los pueblos.

De todo esto y más lo calificó nuestra contra-crítica montuna. Ya han sobrepasado el Evangelio. No es que tengan ojos y no vean sino algo peor aún. Que ven un Adonis y dicen que es un ogro (también se da a veces la viceversa). No sabe uno si atribuir todo esto a aquello de que "el que se pica ajos come". Porque realmente en el cuerpo inerte y agónico de la modorra centroamericana, estas críticas del ilustre representante de "La Nación" han venido a ser como una ayuda de chile picante.

Si algo ha podido darnos la idea de un periodismo elegante, de alto tono y buen gusto, son estas famosas crónicas de Ortiz Echagüe. Nada hay en ella de testarudez, ni de sectarismos infectivos ni de obsecación, nada de esos cursilones ademanes redentores ni declamativos. Ni de caer en ese insoportable teque-te-teque a que que tienden en todos los órdenes quienes no se renuevan, ni se ilustran, ni viven con autenticidad.

Simplemente bien plantado sobre un firme conocimiento de causa, decir las las cosas lisa y llanamente, con ameno y deleitoso modo festivo, como de quien se echa para atrás en una silla muy cómodo y ríe con la risa más sana y jovial y bienintencionada, de la borreguil manera de entender las cosas que tiene su mogigato y cobarde prójimo, sin que deje de traslucirse el no menos bienintencionado deseo de que ojalá se dedique—ese prójimo—a entenderlas de un modo menos borreguil.

Es como que mañana, cualquiera de nosotros llegara a un lugar donde los habitantes andan con tapa-rabo. Seguro nos daría mucha risa ver esa cosa tan extraña y procuraríamos que los tales habitantes anduvieran un poquito más a la altura de la civilización. Y país que se rige por un tirano es un país que en política anda con tapa-rabo. Entonces ¿qué le cobran a Ortiz Echagüe?

Lo que pasa es que quien puede darle tal interés, tal sentido de expresión y de fuerza al trabajo que profesa—periodismo en este caso—más que un simple profesional es un artista.

Emilia Prieto

San José, Costa Rica, 19 de marzo, 1941.